

1970

NUESTRO PROYECTO DEMOCRATICO

Por Luis Corvalán

Entregamos a la publicidad y a la consideración de todas las fuerzas democráticas esta exposición escrita especialmente para ser divulgada en el país, por el Secretario General de nuestro Partido, compañero Luis Corvalán.

1. UNA NUEVA DEMOCRACIA PARA CHILE

La mayoría de los chilenos cuestiona la política del fascismo. La oposición la combate en todos los frentes, avanza en la coordinación de sus fuerzas y, a la vez, lleva a cabo en su seno un rico debate sobre asuntos que atañen al porvenir del país.

Esto último reviste un marcado interés. Hay una creciente preocupación en todas las clases y capas sociales acerca de qué vendrá después del fascismo, de qué sistema social y régimen político van a constituirse, de qué programa de transformación social corresponderá poner en práctica. En consecuencia, hablar de estos problemas no es juego de futurólogos. Es esforzarse por despejar incógnitas para facilitar los acuerdos y la lucha de hoy. Es contribuir a la apertura de una alternativa viable frente al fascismo, que facilite la incorporación al combate de vastos sectores que por ahora se mantienen en la indecisión.

Los problemas atinentes al mañana de Chile no pueden abordarse de modo subjetivo. Su acertada solución requiere tener rigurosamente en cuenta el pasado y el presente del país, sus diversos componentes sociales y políticos, las contradicciones principales y secundarias que existen y se expresan en el seno de la sociedad, las exigencias del desarrollo social, el carácter de la época histórica que vive la Humanidad, los imperativos de la hora presente, el contenido de la lucha actual.

Considerando el conjunto de estos factores no se plantea, en reemplazo del fascismo, la constitución de un Estado socialista ni la de un régimen típicamente burgués. En otras palabras, el dilema no es fas-

que corresponde es un nuevo régimen democrático, popular y nacional, que favorezca y promueva los cambios que emanen de las necesidades objetivas del progreso social.

Nos referimos, obviamente, al régimen que se deba crear una vez que la soberanía se radique en el pueblo y no al o a los gobiernos que puedan surgir inmediatamente después de la derrota del fascismo. Si no hubiera acuerdo en un amplio Gobierno Provisional, no descartamos o es previsible la formación de uno o de sucesivos gobiernos de facto y de transición.

El carácter más o menos avanzado del futuro régimen democrático, dependerá de variados factores y, muy principalmente, de la organización, madurez y fuerza con que el pueblo emerja de las tinieblas fascistas, de la lucha de la clase obrera y de la capacidad de su dirección política.

Los comunistas estamos por llevar las cosas tan lejos como sea posible, siempre en estrecho acuerdo con nuestros aliados de la Unidad Popular y en franco y claro entendimiento con las demás fuerzas democráticas, en primer término la Democracia Cristiana. Esto significa también que, sin abandonar nuestras metas más caras, estamos listos a considerar las realidades sociales y políticas y a llegar a compromisos más o menos limitados que podrían, sin embargo, tener o alcanzar una gran proyección.

En nuestra declaración de septiembre de 1976 formulamos tres proposiciones: la primera, actuar unidos para terminar con la dictadura; la segunda, buscar un consenso para construir mañana un nuevo régimen institucional, evitando el riesgo de regresar a las pugnas entre fuerzas que pueden entenderse, y la tercera, ponerse de acuerdo en la constitución de un gobierno representativo, básicamente formado por la Unidad Popular y la Democracia Cristiana.

Se trata de proposiciones que pueden ser o no consideradas en conjunto, aunque estimamos que, en interés del país, deberían tomarse como un todo.

Nos inspiran el vehemente y natural deseo de ver acortados al máximo los días de sufrimiento de nuestro pueblo y el propósito de establecer una nueva relación entre los sectores sociales y políticos cuyo entendimiento se hace indispensable para terminar cuanto antes con la tiranía y resolver de conjunto los problemas en la etapa de la reconstrucción.

Pensamos que parte importante de este reencuentro es y debe ser la reconciliación de las Fuerzas Armadas con el pueblo de Chile, sobre la base de que dichas instituciones estén al servicio exclusivo de la causa de la independencia y el progreso del país. Nosotros les tendemos la mano. Deseamos ayudarles a liberarse del fascismo.

No queremos una nación dividida en tres porciones -izquierda, derecha y centro- ni en dos mitades. La anhelamos unida en torno a los valores de una democracia política y social, que enfrente como un solo bloque a los adversarios internos y externos de su independencia y su progreso.

La dictadura nos dejará una terrible herencia, un país económicamente deformado, con riquezas enajenadas, endeudado hasta la coronilla, con una alta desocupación, con una gran falta de profesionales, con sus servicios de educación y salud deteriorados, con un mayor déficit de viviendas, con una agricultura por el suelo, con una parte de la población infestada de "consumismo" y vastos sectores ciudadanos heridos por los sufrimientos y las injusticias de estos años. Superar tal situación es y será una tarea que requiere del esfuerzo concertado de todos los hijos del pueblo.

La democracia que conocimos hasta el 11 de septiembre de 1973 fue el resultado de una larga lucha de las fuerzas progresistas y, particularmente, del combate de la clase obrera a lo largo del presente siglo. Cayó por la acción confabulada del imperialismo y de la reacción interna. Pero también porque la mayoría de la Democracia Cristiana se embarcó en una posición ciega y, además, por el anticuerpo que crearon las actividades aventureras de la ultraizquierda, por el sectarismo y los errores de derecha de la Unidad Popular y, en vinculación con todo ello, porque el régimen democrático que se había dado el país resultaba insuficiente y estrecho para resolver en sus marcos los conflictos que se habían generado. Más aún, algunos de estos conflictos eran en parte determinados o facilitados por ese mismo régimen. La elección en fechas diferentes del Presidente de la República y del Parlamento contribuyó, por ejemplo, a que determinadas contradicciones sociales se expresaran también en forma de discrepancias entre poderes del Estado. Esto venía ocurriendo en administraciones anteriores e hizo crisis durante el Gobierno del Presidente Allende.

La Democracia chilena no era precisamente ejemplar. Pero muchas de sus conquistas y valores le daban cierto prestigio mundial. Del voto censitario y luego indirecto se había pasado a un sistema de sufragio universal relativamente avanzado y democrático. Los tiempos de las encerronas y compra de electores y de la proscripción de los comunistas, habían quedado atrás. La política considerada como preocupación y actividad relacionada con los asuntos públicos, se había transformado en el quehacer cotidiano de cientos de miles o de millones de personas. En ella participaban grandes masas del pueblo. Del seno de éste han surgido miles y miles de hombres, mujeres y jóvenes que sólo tienen como norte el interés por el avance social, por la felicidad humana, por el progreso de su país.

Simultáneamente, algunos políticos burgueses o pequeñoburgueses subordinaban los intereses del pueblo y de la nación a las convenien-

cias de las clases reaccionarias o de reducidos grupos egoístas. Para una parte de esos políticos, alcanzar altas responsabilidades públicas en el Gobierno o el Parlamento era una meta para servir a los poderosos, forjarse una mejor posición social y obtener ventajas personales. Estas cosas -más algunas irresponsabilidades y excesos en la contienda social- contribuyeron también a la erosión del sistema democrático y pesan todavía, negativamente, en un sector de la población.

La dictadura fascista se ha propuesto "despolitizar" al país, esto es, convertir a los chilenos en entes sin más preocupaciones que las de carácter personal, terminar con los partidos, desarraigar del pueblo su amor a la libertad y a la justicia, abatir su espíritu de lucha, de organización y solidaridad social. En todo esto ha fracasado y fracasará. Los hechos así lo demuestran. Sin embargo, esa dictadura deja su huella. El Chile de hoy no es igual al de ayer. No sólo se ha modificado regresivamente su estructura económica. Hay también cambios en la mentalidad de muchas personas, algunos positivos y otros no. Mientras determinada gente se deja llevar por sentimientos pequeñoburgueses, tiende al acomodo y se encandila con los cropeles de la sociedad de consumo, la mayor parte del pueblo se da cuenta de los mitos que empañaban su visión y evoluciona políticamente.

El rol subsidiario del Estado que proclama la tiranía no es, en verdad, tal. El fascismo acentúa al máximo la función coercitiva de todo el aparato estatal en beneficio del imperialismo y de un pequeño grupo de magnates, principalmente de tipo financiero, además de poner a su servicio todos los mecanismos de dirección de la economía.

El Estado, bajo gobiernos progresistas, ha cumplido en Chile un importante papel en el campo de la industrialización nacional, de la educación, de la salud, de la vivienda, de la infraestructura del país. El futuro régimen democrático deberá retomar estas funciones. No obstante, por un tiempo más o menos largo, no estará en condiciones de cumplirlas en la medida de las necesidades reales. Habrá que revisar prioridades, medir la verdadera capacidad del país y modificar algunos criterios. Por ejemplo, en el terreno de la enseñanza se deberá asegurar la educación básica para todos y los más variados canales para el estudio y el trabajo de la juventud en correspondencia con las necesidades y posibilidades del país. Esto debe llevarnos a un gran desarrollo de la enseñanza técnico-profesional y a abrir las puertas de las Universidades a los jóvenes más capaces, independientemente de su condición socio-económica. Las empresas, que se benefician de los profesionales que forman las Universidades, deben contribuir a la creación de un fondo que financie las becas de los estudiantes que provengan de hogares modestos, en especial obreros. Esto y no otra cosa debe entenderse por "Universidad para todos", pues to mada al pie de la letra resulta irreal. La educación universitaria no tiene por qué ser también sin costo alguno para los estudiantes que provengan de hogares adinerados. Estos deben pagar de acuerdo a

sus haberes. La consigna de "matrícula diferenciada" que han levantado las Juventudes Comunistas es más justa que la idea de la gratitud general.

Teniendo, pues, en cuenta toda la situación, no se podrá retornar a lo mismo de ayer. Sin mengua de la grandeza del período de la Unidad Popular, no se trata de volver a ese tiempo, como tampoco al que le antecedió.

El futuro régimen político deberá, necesariamente, retomar las mejores tradiciones democráticas de Chile, pero también incorporar nuevos valores y edificarse con materiales más sólidos.

Desde hace varias décadas, Chile sufre una crisis de estructura. Ello indujo a ciertas reformas durante el Gobierno del Presidente Frei y a profundas transformaciones revolucionarias en la Administración del Presidente Allende. La contrarrevolución que ha encabezado Pinochet ha agravado todos los factores de esa crisis, haciendo más perentorios los cambios por los que venía luchando la mayoría ciudadana. El acontecer de los últimos seis años ha puesto de relieve la necesidad de otras modificaciones. El Parlamento, por obra de una mayoría, contribuyó al derrumbe del régimen democrático, para ser sepultado en seguida por los mismos a quienes esa mayoría ayudó. Las Fuerzas Armadas, el Poder Judicial y la Contraloría abandonaron hasta las apariencias de instituciones de carácter nacional para erigirse a los ojos de todos como expresiones del poder burgués y luego sostenes de la dictadura fascista. Todo ello significa que han madurado también las condiciones para los cambios en el plano superestructural, para llevar a la práctica un programa de transformaciones radicales tanto en la estructura económica como en la organización institucional.

Los estudios y discusiones realizados por los Partidos de la Unidad Popular, la Democracia Cristiana, la Comisión de los 24, las federaciones sindicales y otras organizaciones y personalidades, permiten establecer ya coincidencias en una serie de materias importantes. Se puede decir que hay consenso para reconocer que la soberanía reside en el pueblo, para que una nueva Constitución emane de una Asamblea Constituyente -sin perjuicio de ser sometida luego a referéndum-, para incorporar en su texto los derechos del hombre contenidos en la Declaración de las Naciones Unidas, para darle el relieve y las garantías correspondientes a los derechos económicos, sociales y culturales; para la elección simultánea de Presidente de la República, parlamentarios y regidores, para establecer la elección de Presidente por mayoría absoluta y una segunda vuelta en caso necesario, para suprimir las elecciones complementarias y para consignar normas que agilicen la labor legislativa.

Quedan, sin embargo, no pocas cosas que dilucidar y en torno a las cuales se precisa también del consenso.

En primer lugar, todo lo relativo a los derechos humanos consagrados en la Declaración de la O.N.U. y en los Pactos internacionales debe ser expresamente garantizado.

Otro asunto de vital importancia es la propiedad de los medios de producción. Transformaciones profundas son necesarias en este terreno para abrir cauce al desarrollo progresista del país, para satisfacer necesidades apremiantes de las masas y para hacer más reales que formales los derechos y libertades del pueblo. Las agudas desigualdades sociales de hoy no pueden mantenerse si queremos construir un régimen democrático que no sólo esté en la letra de la Constitución y de la ley.

Los comunistas abogamos por un régimen democrático que contemple cinco áreas de propiedad, a saber: social, mixta, privada, cooperativa y de autogestión o de trabajadores. En dicho régimen se debe poner término a los privilegios imperialistas y oligárquicos y restablecer las normas sobre la función social de la propiedad que imperaban en 1973.

En esto, como en todo, tampoco se trata de repetir lo mismo que hicimos o intentamos ayer. A este respecto aparece razonable; al menos para una primera fase, el planteamiento del grupo de economistas de Caracas, encabezado por Carlos Matus, en el sentido de que lo que ahora se requiere es ir más lejos en los cambios políticos que en los de tipo económico en relación con lo ocurrido durante el Gobierno del Presidente Allende.

Propiciamos el retorno al área social de la economía de las grandes empresas de propiedad del imperialismo o de la oligarquía, así como la reentrega a los campesinos de la tierra devuelta a los grandes latifundistas.

Debe haber plenas garantías para los pequeños y medianos propietarios de empresas industriales, tierras y comercio. Sólo voluntariamente, a través de la cooperativización de los primeros y de las empresas mixtas con los segundos, estos sectores podrían incorporarse a un desarrollo planificado de la economía nacional.

Es de gran importancia avanzar también en los acuerdos relativos a la participación popular. El pueblo debe tener el derecho a participar en todos los asuntos públicos, directamente o a través de sus representantes. La participación directa debe expresarse en todos los órganos de la administración del Estado y en las empresas y servicios. En particular, los trabajadores, por medio de sus sindicatos, federaciones y confederaciones, deben estar en la administración de los organismos previsionales y en la gestión, planificación y dirección de la economía nacional y disponer de facultades de control de la higiene y seguridad industrial. Las Juntas de Vecinos deben ser dotadas de autoridad en sus respectivos radios de acción. Un sistema político

que limite la participación del pueblo sólo al acto del sufragio universal cada cierto tiempo no es ni podrá ser democrático o lo sería apenas de tipo burgués.

En lo tocante al régimen presidencial, el Poder Judicial, al Parlamento; a la Contraloría, a los gobiernos comunales y a las autoridades regionales y provinciales hay una amplia gama de problemas que requieren también soluciones democráticas.

Aunque no nos proponemos tratar todos los asuntos, es imposible dejar de señalar que el Poder Judicial, tal vez más que ninguna otra institución del Estado, se hallaba ayer rodeado de una aureola de seriedad y corrección. Hoy —en especial por la actitud de la Corte Suprema— demuestra ser el principal alcahuete de los crímenes de la tiranía. Estimamos indispensable una transformación a fondo de dicho poder; que debe estar sujeto a la superintendencia de un órgano de generación democrática. En cuanto al Parlamento nos parece necesario aclarar al menos que el sistema unicameral no es, como se ha sostenido; propio o exclusivo de los países socialistas, lo que, de ser cierto, no tendría, de otra parte, por qué ser rechazado prejuiciosamente. Tal sistema existe en los países socialistas y también en algunos capitalistas como Costa Rica y Portugal. En la Unión Soviética, en cambio, existen dos cámaras, aunque no al estilo occidental: el Soviet de la Unión y el Soviet de las Nacionalidades. Nosotros creemos que para Chile una sola Cámara es mejor. Pero esto no es tampoco lo principal. De haber dos, deberían generarse simultáneamente; y una de ellas; el Senado, tener atinencia sólo sobre algunas materias —como ocurre en Francia o en Italia— para evitar la dualidad de funciones y la dilación y el engorro legislativos.

Algunas gentes demuestran interés en conocer el pensamiento de los comunistas sobre el sistema de partidos y la llamada alternancia en el poder. Categóricamente decimos: el futuro régimen democrático debe contemplar el pluripartidismo, comprendida la existencia de partidos de oposición. Al mismo tiempo, nuestra posición terminante es de que ningún individuo o grupo de individuos civiles o militares pueda emprender actividades o realizar acciones en contra de la soberanía del pueblo ni dirigidas a arrasar con las libertades y derechos democráticos que consigna la Constitución. Esta es una razón más que de sobra para que el fascismo deba ser proscrito. En cambio, consideramos que todas las corrientes de opinión que respetan la soberanía popular deben disponer de plenas posibilidades de expresión y que esto es válido, en las condiciones de Chile y de otros países, también para la sociedad socialista que algún día construiremos.

La cuestión de la alternativa no es lo mismo en el Gobierno que en el poder.

Hay una alternancia de equipos gobernantes dentro del mismo sistema capitalista. Por ejemplo, en Estados Unidos los demócratas reemplazan

a los republicanos y viceversa. En Inglaterra, los conservadores suceden a los laboristas y éstos a aquéllos. En estos casos, la alternativa equivale a un reparto de papeles, a un juego de rotativa que bien podría formularse así: hoy me toca a mí, mañana a ti.

Para buena parte de la burguesía chilena tal cosa es ideal. Para el pueblo no, pues significa ningún cambio real en su situación.

En nuestro país, la alternancia en el gobierno no ha sido simple. En el siglo pasado, los reaccionarios no aceptaron tan fácilmente algunos gobiernos progresistas y se alzaron en contra del más avanzado de éstos, el de José Manuel Balmaceda. En 1920, Arturo Alessandri tuvo que pelearla a brazo partido para que se le reconociera su triunfo sobre Barros Borgoño, el candidato conservador. En 1938, cuando Pedro Aguirre Cerda venció por mayoría absoluta a Gustavo Ross, una parte de la derecha golpeó las puertas de los cuarteles y recurrió al mismo Alessandri, que era Presidente por tercera vez, tratando de impedir que el candidato del Frente Popular asumiera la Presidencia de la República. Y en 1970, cuando triunfó Salvador Allende, la reacción chilena, en connivencia con la CIA y la ITT, intentó un golpe de estado y luego una maniobra en el Congreso Pleno para que éste designara a Jorge Alessandri que había obtenido la segunda mayoría relativa con el compromiso de que en seguida renunciara para fabricar una elección ad-hoc en favor de Eduardo Frei, lo que éste y su Partido rechazaron.

De estos hechos se desprende que la alternancia en Chile no ha sido aceptada voluntariamente por las clases reaccionarias cuando el cambio de gobierno ha puesto siquiera en parte en peligro sus intereses y privilegios. El pueblo, en cambio, ha tenido más respeto por las normas que establecía la Constitución. En cualquier caso, la alternancia que no afecta al sistema es una realidad que se produce y se acepta, quiérase o no.

Más complejo y distinto se presenta el problema cuando se trata del poder; cuando un país da un salto histórico y pasa de un status a otro, de una a otra formación social. Hay países que han pasado de la sociedad feudal al capitalismo, otros del capitalismo al socialismo y muchos más del estado colonial a la independencia nacional, tomando algunos de ellos un camino que los conduce también a la sociedad sin clases antagónicas.

En tales situaciones, las leyes objetivas que rigen el desarrollo de las sociedades, las leyes de la lucha de clases, prevalecen sobre las dictadas por los hombres para el status que ha periclitado. Las clases que han conquistado el poder lo defienden con todas sus fuerzas en tanto que las desplazadas tratan de recuperarlo por cualquier medio. Esto es lo que enseña la Historia.

La independencia de los países hispanoamericanos respecto de la mo-

narquía española fue uno de esos saltos históricos de que hablamos. En ese entonces, después de 1810, en Chile se planteó y produjo la alternancia. Tras la derrota de Rancagua, vino la reconquista. Con esta alternancia estuvo la mayor parte de la oligarquía de esa época. En cambio, O'Higgins, los Carrera y demás patriotas la rechazaron y lucharon contra ella hasta lograr la independencia definitiva en las batallas de Chacabuco y Maipú.

Durante el gobierno del Presidente Allende se agudizó la lucha de clases en torno al poder estatal. El pueblo había conquistado sólo una parte de este poder. Desde tal posición se operaron importantes cambios democráticos y revolucionarios. La gran tarea, que no pudo ser cumplida, era la de avanzar conquistando para el pueblo la plenitud del poder, con vista a desarrollar y hacer irreversible el proceso de esos cambios. De su lado, la reacción chilena, en contubernio con el imperialismo, abandonó toda esperanza de reconquistar por vías democráticas las posiciones que había perdido y se lanzó por el camino del terrorismo y la sedición. Se produjo el golpe del 11 de septiembre y se abrió paso una sangrienta contrarrevolución, que es la forma que adquiere la alternancia cuando el poder ha pasado total o parcialmente a manos del pueblo y éste es desalojado por él. Por esto, cada vez que las fuerzas progresistas logran un importante avance social, su propósito principal es y debe ser el de seguir avanzando, lo que significa desarrollar la democracia, ampliar los derechos y conquistas del pueblo y hacer imposible la vuelta atrás.

Mañana, Chile se liberará de la opresión fascista y creará un nuevo régimen democrático. Pensamos que sería inaceptable plantearse la alternancia en términos de admitir la posibilidad de la vuelta al fascismo, del retorno a un régimen que lleva en sí los asesinatos, las torturas y el terror. Por el contrario, la democracia deberá contemplar los necesarios resguardos para asegurar que nunca más el país pueda sufrir una tiranía como la actual.

Nosotros queremos que la democracia sea real al máximo de lo posible. Pero no nos deslumbran los espejismos. Le asignamos gran validez a los principios democráticos sin ocultar los desfases que hay en la sociedad de clases entre lo que se predica y se practica, entre lo abstracto y lo concreto. Por ejemplo, apoyamos la fórmula democrática de "un hombre, un voto", pero tenemos presente que, como decía Gramsci, en la democracia burguesa, en el régimen capitalista, no todos los hombres pesan por igual. Los que detentan el poder, los dueños de la riqueza, los que tienen en sus manos los medios de comunicación, gravitan más, forman más opinión, se multiplican electoralmente. Por eso es necesario que el futuro régimen democrático se asiente en una sociedad más justa. Sólo así merecerá con propiedad el nombre de tal.

## 2. LA ERRADICACION Y PROSCRIPCION DEL FASCISMO, Y NUESTRA ACTITUD ANTE LAS FF. AA.

El fascismo surgió en Chile como el último y único recurso del cual podían echar mano la reacción interna y el imperialismo para contener la marcha progresista del país, para frustrar, derrotar y aplastar la lucha de nuestro pueblo que daba los primeros pasos hacia la creación de una sociedad socialista, para poner todos los aparatos del Estado al servicio de la oligarquía y de unas cuantas multinacionales.

El carácter fascista del régimen quedó en evidencia el mismo 11 de septiembre de 1973. Se instauró una dictadura terrorista al servicio de la oligarquía financiera y del imperialismo, que arrasó ipso facto con la democracia que el pueblo chileno había forjado. La política de la dictadura fascista en los 6 años que nos separan del día del golpe, no hace más que reafirmar ese carácter.

La proscripción de todos los partidos políticos, de la Central Unica de Trabajadores, de las organizaciones tradicionales del magisterio y de las Federaciones estudiantiles; la clausura del Parlamento; la disolución de los gobiernos municipales; la confiscación de imprentas, radios, locales de partidos políticos, de organizaciones sindicales y hasta de particulares; el cierre de diarios; la censura de prensa; la suspensión de los derechos ciudadanos y de las conquistas obreras; la intervención militar en las Universidades; la persecución sistemática, el uso de los más bárbaros métodos de tortura, el asesinato de millares de personas, el desaparecimiento de miles de detenidos, el matonaje y la arbitrariedad erigidos en norma de gobierno, son hechos típicamente fascistas que se han extendido a lo largo de todo este período.

Los daños causados al desarrollo de la economía, a la educación, la salubridad, la cultura y la ciencia, son de una magnitud inmensa. Incomensurables y más terribles son todavía los perjuicios ocasionados a cientos de miles o millones de seres humanos, padres e hijos, que han sido víctimas de la represión, de la cesantía y el hambre. No hay hogar del pueblo que no haya sido directa o indirectamente afectado por la acción del fascismo. Decenas o centenas de miles de ellos han tenido que sufrir la pérdida o el destierro de un ser querido.

Buena parte del país desconoce o conoce a medias la verdad. No ha tomado suficiente conciencia de lo que ha pasado en estos años. El monopolio de los medios de información por parte de la Junta fascista y de los cianes económicos que la apoyan ha jugado su papel sobre amplios sectores ciudadanos. La manipulación de esos medios y la predisposición de alguna gente a no creer en la brutalidad desatada o a pensar que se exageraban los hechos, ha contribuido también a la inconciencia o a la incomprensión de un número relativamente importan-

te de personas. Conocemos no pocos casos de compatriotas que sólo al viajar al extranjero han podido conocer, fuera de su país, la verdadera dimensión de los crímenes perpetrados por el fascismo.

¿Cuántos chilenos comprendieron, desde el primer momento, que el asesinato de Orlando Letelier había sido ordenado por Pinochet y fue obra de la DINA? ¿Cuántos tienen ya claro que el General Carlos Prats y su esposa cayeron por una orden emanda desde el edificio Diego Portales? ¿Cuántos saben que el atentado contra Bernardo Leighton y su señora tuvo el mismo origen?

Los desaparecimientos de centenares de miles de detenidos fueron negados a pie juntillas por Pinochet y los suyos. Según el tirano, se trataba de un embuste de sus adversarios, de un invento de los comunistas. Los desaparecidos eran simples fantasmas o personas que habían salido subrepticamente del país o se habían sumergido en la lucha clandestina o, por último, habían caído en enfrentamientos con las "fuerzas del orden".

Estamos convencidos que una parte significativa de nuestros compatriotas ha vivido en el engaño.

Pero la verdad empieza a salir a luz. El juicio por la muerte de Letelier y el descubrimiento de restos humanos en Lonquén, en Cuesta Barriga y en Cuesta Chada, algunos de ellos enterrados vivos y otros con las manos amarradas con alambres y huellas de balas en el cuerpo, han conmovido a la opinión pública chilena y han comprobado ante el mundo entero los crímenes fascistas.

El ser humano no es proclive a interesarse por conocer cosas desagradables. Pero, en este caso, razones superiores, el deber de hacer todo lo posible por salvar a los desaparecidos que puedan estar con vida y la necesidad de que todo el país y, en especial, las generaciones jóvenes tengan clara conciencia de lo que es el fascismo, nos obliga a luchar por el pleno esclarecimiento de los hechos, de la dolorosa realidad que hemos vivido en estos años. Esto es para nosotros lo fundamental. El pueblo entero de Chile debe saber qué tremenda perversidad y degeneración conlleva el fascismo. Debe quedar vacuado contra él. De ahí que lo primero es poner al descubierto todas las fechorías, todas las atrocidades, todos los crímenes de Pinochet y su Gestapo.

Se requiere, además, que los chilenos de hoy y de mañana conozcan también todo el heroísmo popular bajo el terror fascista. Hay miles de luchadores que, sometidos a los más bárbaros tormentos, se mordieron la lengua sin decir una palabra. Muchos de ellos prefirieron la muerte antes que rendirse a los apremios de los torturadores.

Domingo Amunátegui Solar decía hace más de medio siglo que se había escrito "la historia de los gobiernos, de las instituciones, de los

hombres notables, de las principales familias pero no la historia de las clases populares, de los modestos labriegos, de los artesanos, de los empleados domésticos, de los obreros". En las últimas décadas han surgido excelentes investigadores e historiadores de la vida y la lucha del proletariado y del pueblo. Hay también escritores y periodistas que han descrito los campos de concentración y magníficos cineastas que han llevado a la pantalla el drama y la lucha de estos años.

Esto es sólo el comienzo. En su oportunidad, debe salir a luz la epopeya de la lucha clandestina, la vida de los verdaderos héroes populares de nuestro tiempo. Habrá que erigirle un monumento a Isidoro Carrillo, el primer gerente obrero de la Empresa Nacional del Carbón, y a los compañeros que junto a él fueron asesinados, Danilo González, Wladimir Araneda y Bernabé Cabrera. La compañera Marta Ugarte, torturada hasta morir, y el campesino Sergio Maureira Lillo y sus cuatro hijos -Sergio Miguel, Segundo Armando, José Manuel y Rodolfo Antonio- asesinados en Lonquén, merecen un homenaje semejante, y así muchos otros a lo largo de todo el territorio.

En cada ciudad y aldea de Chile deberá honrarse los nombres de los caídos para ejemplo de los chilenos del presente y del futuro.

Y por cierto que la gesta de Salvador Allende y de los que con él cayeron en La Moneda quedará no sólo esculpida en la piedra y en el bronce o estampada en la tela de los pintores. Ya entró en la historia de Chile y será un ejemplo eterno de heroísmo y de lealtad al pueblo.

Todo esto ha de formar parte de la justicia de mañana, de la reivindicación moral y política de las víctimas de la tiranía y de la necesaria educación antifascista de nuestro pueblo.

Ha sido dolorosa la tragedia vivida para no sacar de ella; entre otras conclusiones principales, la necesidad de crear un nuevo régimen democrático que no permita las actividades fascistas. Portugal nos ha dado un ejemplo en este sentido. En agosto de 1978 el Parlamento Portugués aprobó precisamente una ley que prohíbe la acción fascista.

No se trata, claro está, de aplicar a troche y moche el calificativo de fascista, ni de dar margen para que, en nombre del antifascismo, se apliquen medidas contra quienes no corresponde hacerlo.

No confundiremos a los derechistas con los fascistas. Hay fascistas que salieron de la llamada derecha política y otros que se reclutaron en las capas medias y en los bajos fondos.

El fascismo debe ser proscrito por constituir un peligro real para la democracia, los derechos y el bienestar del pueblo.

La proscripción del fascismo significa, desde nuestro punto de vista, nada más y nada menos que prohibir su organización y sus actividades delictuales, comprendida la propaganda del odio entre las razas y pueblos, del chauvinismo, del racismo y de la guerra.

Sería una necesidad imperdonable que, después de lo acontecido, se pudiera permitir la existencia de organizaciones como Patria y Libertad que, según confesión de sus propios líderes, tuvo a su cargo la organización de los actos de terrorismo en los años 72 y 73, o que se autorizara la propaganda de aquellos fascistas que públicamente afirmaban que "los únicos marxistas buenos son los marxistas muertos". De acuerdo a ello, el fascista Pinochet ha procedido a extirpar a muchos de sus opositores, asesinándoles por decenas de miles.

Nuestra posición es de intransigencia frente al enemigo, al mismo tiempo que humanista. Ella implica, a su debido tiempo, la adopción de medidas por parte de un régimen democrático para reeducar a aquellos que han cometido desmanes en su calidad de meros instrumentos del régimen.

Algunas personas objetan la proscripción del fascismo, sosteniendo que no quieren una nueva "Ley de Defensa de la Democracia" al revés. Se trata de gentes que creen en la democracia pura, en la "democracia sin apellido", en la libertad indivisible. Pero, en el marco de una sociedad como la nuestra, donde existen clases sociales antagónicas, eso es ilusión, simple quimera. Así lo demuestra la experiencia.

Nunca ha existido ni existirá libertad por encima de las clases. No ha habido ni habrá jamás libertad absoluta para el individuo. Desde el momento que éste vive en sociedad y tiene no sólo derechos, sino también deberes, existen para él limitaciones. En rigor, la libertad está vinculada al progreso que permita satisfacer las necesidades del hombre, al dominio de las leyes de la naturaleza y de la sociedad y a las normas de convivencia que se establezcan en armonía con todo ello. Tal era el pensamiento de Marx y Engels. A su vez, Lenin puso de relieve que las tendencias antidemocráticas son inherentes a los monopolios y se contraponen a las aspiraciones de las masas y, de otra parte, señaló como tarea de la clase obrera desarrollar la democracia hasta sus últimas consecuencias.

En la sociedad capitalista y en todo estado dominado por el despotismo de unos pocos, hay una clase o una casta que tiene amplia libertad mientras las otras no la tienen o carecen de ella casi por completo.

En algunas democracias burguesas -que por otra parte no son muchos- los trabajadores han conquistado ciertas libertades. Pero en los hechos esta libertad es muy inferior a lo que se proclama de palabra, es más formal que real, es más ficticia que verdadera. La libertad de trabajo no existe para los millones de desocupados y es menos que

relativa para los que tienen empleo. Generalmente éstos no trabajan en lo que quieren, sino en lo que pueden, en muchas ocasiones al margen de sus capacidades personales.

Para no poca gente de los países capitalistas, lo principal es el derecho a la protesta, el derecho a patear para decirlo en buen chileno. Esa gente mide el grado de libertad o democracia de su país en relación directa con la posibilidad que tiene de expresar sus opiniones, de reclamar algo, sin parar mientes por lo general en el eco de sus opiniones, en el resultado de sus reclamos, en el ámbito restringido en que puede hacerlo.

No todos comprenden que, en definitiva, la libertad de prensa, por ejemplo, en el mundo capitalista no es otra cosa que la libertad o la capacidad económica de algunos para comprar imprentas y mantener económicamente un diario.

Nuestra experiencia demuestra que la libertad no es indivisible. Más todavía, indica que fue un error del Gobierno de la Unidad Popular poner en el mismo pie la libertad política de expresión que había conquistado el pueblo con los derechos que reclamaba la reacción y que se tradujeron en libertinaje y en que se permitiera que a ojos vista se organizara y desarrollara la contrarrevolución.

Algunas personas polemizan con Pinochet aceptando expresa o tácitamente la falsa idea de que busca una democracia protegida. Tal posición ayuda objetivamente al dictador, pues le regalan de barato una bandera que no tiene en sus manos. Lo que él ha impuesto y quiere institucionalizar no es ninguna democracia protegida, sino simplemente un bestial régimen fascista.

En sí mismo el concepto de democracia protegida no es equivocado. Todos los sistemas sociales se protegen. La cuestión está en determinar bien contra quién y cómo se protegen. ¿La democracia debe protegerse del fascismo!

El golpe del 11 de septiembre de 1973 fue programado en Washington. Así lo atestigua el informe de la Comisión senatorial norteamericana, presidida por Frank Church, que investigó la intervención de la CIA en Chile. Dicho informe revela que en la mañana del 15 de septiembre de 1970, el principal propietario de El Mercurio, vinculado a varios clanes financieros, Agustín Edwards, tuvo una entrevista con Henry Kissinger y el fiscal general John Mitchell. El encuentro fue concertado por Donald Kondall, Presidente de la Pepsi Cola y amigo personal de Nixon. En una segunda reunión, realizada el mismo día, participó, además de los personajes citados, el entonces Director de la CIA, Richard Helms. En esta ocasión se le dio el "vamos" al golpe militar rígido a impedir que Salvador Allende tomara posesión de la Presidencia de la República. Ese golpe fracasó, pero a lo largo de los tres años del Gobierno del Presidente Allende, la confabulación siguió fun

cionando. En tal período fueron distribuidos sólo por la CIA 8 millones de dólares para financiar los planes de "desestabilización" del Gobierno de la Unidad Popular. Nuevas inyecciones de dólares y el envío masivo de especialistas de la CIA tuvieron lugar hasta lograr el objetivo: la caída del gobierno constitucional de Salvador Allende.

El fascismo pinochetista viene a ser la expresión concentrada del odio de clase del imperialismo norteamericano y la oligarquía criolla que vieron con pavor que la clase obrera y el pueblo chileno atacaban sus privilegios y buscaban el socialismo.

Como señala el Pleno de Agosto de 1977 del Comité Central de nuestro Partido:

"En los últimos años tiene lugar en América Latina un proceso de cambios cualitativos en las formas de la dependencia respecto del imperialismo. Sin perjuicio de las contradicciones que hay entre ellos, se ha establecido un maridaje entre la alta burguesía de nuestros países y el capital imperialista, de modo tal que una parte de los capitalistas criollos, principalmente de tipo financiero, pasaron a formar parte del sistema mismo de la explotación imperialista y el imperialismo a constituir un factor crecientemente "interno" en no pocas naciones del continente. Surgió así una nueva base de clase para el fascismo en América Latina, consistente precisamente en esta asociación entre el capital monopólico imperialista y los clanes internos. El proceso revolucionario chileno amenazó de muerte a toda esa estructura. La única respuesta posible para su defensa la constituyó el golpe fascista".

Pinochet ha abierto de nuevo las puertas del país a la penetración del capital imperialista y, al mismo tiempo, mediante su política de desnacionalización de empresas y la aplicación de su modelo económico, ha devuelto y reforzado el poder económico de la oligarquía.

Más de 400 empresas que eran estatales al 11 de septiembre de 1973 han sido privatizadas. De algunas de ellas, como la "Industria Nacional de Neumáticos" (INSA), la planta clorosoda de la Petroquímica Chilena y la mina de cobre "La Disputada" de Las Condes se han apoderado consorcios imperialistas. Además, Pinochet ha entregado a tres compañías norteamericanas, la Atlantic Richfield -ARCO-, Amerada Hess y Phillips Petroleum la prospección y explotación por 30 años de los yacimientos petrolíferos del extremo sur del país.

De todo esto se desprende el carácter antinacional, proimperialista y pro oligárquico del régimen fascista y la necesidad de liquidar las bases materiales que lo prohijan.

Es también imprescindible castigar a los grandes responsables de los crímenes de este período.

Pinochet, El Mercurio y algunos más tratan a este respecto de deformar nuestra posición. Para intimidar a los mandos militares y seguir asegurando su adhesión se pretende presentarnos como partidarios de la venganza y la degollina en las Fuerzas Armadas.

Es verdad que, al tenor de los hechos más a la vista, las Fuerzas Armadas aparecen como principales responsables de la ruptura constitucional y de la represión. Sin excusar su responsabilidad, es más verdad aún que el golpe de estado -como ya se ha dicho- fue organizado por la CIA y la reacción interna. Hay civiles -oligarcas o sirvientes de la oligarquía- que tratan y tratarán de pasar inadvertidos y cargarlo todo a cuenta de los militares. Debemos preservarnos del peligro de confundir a los uniformados, salvo a los Pinochet y a los Contreras, con los verdaderos enemigos del pueblo y del progreso nacional.

Por su parte, Pinochet trata de lavarse las manos. Es una cobardía hablar, como lo hace, de los "excesos de los mandos medios" para hacer recaer sobre sus subordinados la responsabilidad de los crímenes cometidos por orden suya. Quiere transformarlos en el pato de la boda, en los "paganinis" de los platos rotos. Pero no le daremos en el gusto.

No es el propósito de nuestro Partido y de los demás Partidos de la Unidad Popular hacer pagar a los chicos por los grandes, ni dejar de considerar los diferentes grados de responsabilidad y, además, no sólo lo que hicieron ayer, sino también su actitud posterior.

Los autores, cómplices o encubridores de delitos suman muchos miles de personas. Si se tratara de someterlos a todos al rigor de la ley, no se escaparían de algún castigo aun aquéllos que cumplieron funciones de guardián o de simple custodia en los lugares y momentos en que los detenidos eran brutalmente torturados o asesinados. Ello llevaría a la aplicación de penas severas a no pocos soldados, suboficiales y oficiales que han actuado ante todo por obediencia. Y aunque no pudieran ser eximidos de responsabilidad alegando a su favor la disciplina militar, éste y otros atenuantes se deberá considerar.

La Carta Fundamental obligaba a las Fuerzas Armadas a acatar el poder constituido, y el Código de Justicia Militar permitía al subordinado representar la ilegalidad e inconveniencia de decisiones de sus superiores jerárquicos. Hubo oficiales, suboficiales y soldados que se atrevieron a ello. Pero fueron aventados de las filas en el primer momento y algunos incluso fusilados o encarcelados.

Los altos mandos que organizaron el golpe incurrieron en el delito de sedición. Producida ésta y derribado el gobierno constitucional, la generalidad de los miembros de las Fuerzas Armadas se sintió, entonces, sólo sujeta a la disciplina militar, a la obediencia a sus superiores. Estos hicieron uso y abuso de la verticalidad del mando, la



que aplicaron drásticamente. En estas circunstancias, los oficiales, soldados y tropas que tenían simpatías por el Gobierno del Presidente Allende o que simplemente no querían salirse de la Constitución, consideraron que no tenían otro camino que ocultar sus verdaderos sentimientos y mantenerse silenciosos en las instituciones armadas, en la esperanza de que éstas pudieran más tarde modificar su actitud.

Si queremos comprender la conducta de las Fuerzas Armadas hay que ir más allá de un simple análisis de sus orígenes y vinculaciones de clases. Hay que ver también su carácter de clase que no corresponde del todo a su composición social. Ellas se hallaban y se encuentran adheridas al dispositivo militar del Pentágono. Han sido y son educadas por décadas en la doctrina de una falsa "seguridad nacional", en principios que no tienen nada que ver con los que sustentara el Padre de la Patria y creador del Ejército y la Marina, el Libertador Bernardo O'Higgins. Han sido concientizadas en la antipatriótica idea de que su misión consiste en combatir el "enemigo interno", no el verdadero -el imperialismo y la oligarquía- sino el supuesto, el inventado, el comunismo y, en definitiva, como lo han demostrado los hechos, su propio pueblo.

La ciudadanía no llamó a las Fuerzas Armadas a intervenir como sostiene a menudo Pinochet. Pero sí lo hizo la reacción. El Mercurio se dedicó a ambientar la idea de la "legitimidad de la intervención militar". Luego de las elecciones de marzo de 1973, sostenía que sus resultados indicaban "que una revolución marxista como la que ha estado desarrollándose en Chile no se detiene con una campaña publicitaria para convencidos ni con tareas partidistas tradicionales". Abría también sus páginas al General Alfredo Canales, que había sido llamado a retiro por conspirador, el cual afirmaba que las Fuerzas Armadas "no pueden seguir ciñéndose a una constitución que no existe", porque habría sido sobrepasada por el Gobierno Popular.

Los hijos de los ricachones tiraban maíz en los antejardines de las casas de los oficiales, los que recibían también cartas con plumas, en ambos casos significándoles que hasta entonces su actitud era de cobardes, propia de "gallinas". El mismo Pinochet ha confesado que hechos de este tipo crearon en el Ejército un estado de ánimo que favoreció su actuación.

Nos empeñamos, entonces, en formarnos de las Fuerzas Armadas una opinión no precisamente unilateral. Nos esforzamos por descubrir lo que hay en el fondo de su conducta de ayer y de hoy. Concluimos en considerar que la responsabilidad de lo acontecido recae principalmente sobre quienes han estado y están detrás de ellas, el imperialismo y la oligarquía y de aquéllos que, como Pinochet, ejecutan su política.

No seremos los únicos en la determinación de la justicia. Pero no estaremos ni estaremos por la impunidad como tampoco por el castigo general. Creemos que se debe discernir, y que lo imperdonable, lo que de

de ser penado, son los crímenes contra la humanidad, definidos como tales por las Naciones Unidas.

La amnistía decretada por Pinochet en abril de 1978, dirigida fundamentalmente a blanquear a los criminales de la DINA, no tiene validez moral ni jurídica. Los criminales no pueden juzgar sus propios crímenes. Sin embargo, estamos por una ley de amnistía que favorezca a quienes delinquieron por cuenta ajena. Pero esa ley debe ser dictada luego de la caída del fascismo, después de haberse destapado la olla de su barbarie y de iniciarse los procesos respectivos.

Cuando fuimos detenidos, a pocos días del golpe, y durante varios meses después, encontramos soldados, suboficiales y oficiales que nos trataron con respeto. Era evidente, incluso, que algunos de ellos no estaban de acuerdo con lo que se hacía. No eran los más. La mayoría había sido "encarajinada" contra la Unidad Popular. Cada vez que llegaba un detenido a los cuarteles esa mayoría tenía expresiones de júbilo por la nueva pesquisa. Pasado cierto tiempo, la situación empezó a cambiar. Al final, la generalidad de los militares que estaban a cargo de los campos de concentración, se comportaba más o menos correctamente y se alegraba cada vez que un prisionero salía en libertad.

¿Qué había ocurrido? Paulatinamente se habían dado cuenta de que no éramos delincuentes como afirmaba Pinochet, que lo del Plan Z era una invención, que lo que les habían dicho sobre Allende y la Unidad Popular estaba, al menos, lejos de la verdad, que la política de la dictadura favorecía a la derecha, perjudicaba al pueblo y separaba de éste a las Fuerzas Armadas, que los problemas del país no se resolvían sino se agravaban más y más y que, por último, la realidad no tenía nada que ver con la democracia y la libertad de que habían blasonado los golpistas.

Todo esto indica que las Fuerzas Armadas y Carabineros, hablando en general, fueron engañados. Demuestra, además, que no pueden ser identificadas con los fascistas, aunque éstos se hayan apoderado de posiciones claves en sus altos mandos.

Sinceramente creemos que la tropa, la suboficialidad, los mandos medios y no pocos de los altos mandos, pueden y deben aportar mañana, bajo un nuevo régimen democrático, sus conocimientos y experiencias a las Instituciones de la Defensa Nacional. De las Fuerzas Armadas sólo deben ser separados los elementos fascistas porque no se puede dejar las armas en sus manos, so pena de que las vuelvan a utilizar contra el pueblo y la democracia y la propia seguridad del país.

No propiciamos una simple vuelta a los cuarteles. Concebimos a las Fuerzas Armadas consagradas a la misión de resguardo de la Soberanía Nacional y vinculadas al pueblo y a las grandes tareas que tienen que ver con el progreso de Chile. Sobre esta base debe abrirse paso

a una nueva concepción de la seguridad nacional. La adhesión a los valores de la democracia, de la tradición democrática y de los objetivos democráticos del país, deben ser parte sustancial de la educación militar. Así debe forjarse una nueva relación entre las FF.AA. y el pueblo. La amistad entre ellas y el pueblo es una cuestión fundamental para la defensa del país. Lo es también la necesidad de que el gobierno que mañana surja de la voluntad popular cuente con jefes militares absolutamente fieles.

Las Fuerzas Armadas leales al pueblo requerirán estar equipadas y al tanto de la técnica más moderna. Pero este problema no se podrá resolver sobre la base de que prácticamente toda su oficialidad pase por las escuelas del Pentágono, pues lo que se enseña en ellas no sólo es técnica militar. Es desde esas escuelas y de la misión militar yanqui establecida en el 6º piso del Ministerio de Defensa de donde parte la formación ideológica antidemocrática y antipopular. Tal vez lo más procedente sea que estén abiertas a todos los horizontes donde tengan algo que aprender y contratar las mejores asesorías con la sola limitación, en ambos casos, de circunscribirse a lo que directamente atañe al arte militar, puesto al servicio de los intereses de Chile y de su pueblo.

Creemos que nuestros puntos de vista son razonables. Si mañana imperaran criterios opuestos, pueden suceder cosas que ningún chileno progresista desea para su país. En otros términos, si el fascismo no fuera erradicado y proscrito, el terrorismo encontraría en Chile campo abierto para su actividad. Si se determinara un castigo generalizado, se llevaría injustamente el dolor y la angustia a una cantidad demasiado grande de hogares con el riesgo de perder de vista a los principales culpables y de hacer pagar a inocentes por pecadores. Si hubiera perdón para todos, el pueblo no podría hacer otra cosa que imponer la justicia por sus propias manos.

La elección de los caminos a seguir en relación a estos asuntos vitales no depende de nosotros solos, sino del conjunto de las fuerzas democráticas, civiles y militares, que en estas materias también deberían concordar.

### 3. CONSTRUYAMOS JUNTOS EL PORVENIR DE CHILE

¿Qué otra cosa cabe ante un incendio que no sea juntarse para apagarlo? En los países de Europa que avasalló el fascismo hitleriano se unieron en la lucha todos los amantes de la libertad y de la soberanía de sus patrias. Los motivaba un solo propósito: liberar a sus pueblos de la opresión. Nada más justo, entonces, que propiciar, en nuestro caso, después del golpe, la unión de todos los chilenos y chilenas que están por la democracia. Fue lo que hizo el Partido Comunista desde el primer momento.

Pero los fenómenos sociales tienen su propia lógica. Todos sus protagonistas no siempre responden a la razón. Se ha necesitado que el tiempo hiciera su trabajo, que la bestialidad del fascismo quedara al descubierto, que se vieran los resultados desastrosos de su política, que pasara del ataque a la Unidad Popular al ataque a todos los sectores democráticos, que las ilusiones en Carter comenzaran a disiparse, para que, en seguida, la palabra de los comunistas alcanzara más eco y la unión antifascista empezara a plasmarse.

Hoy es evidente que existen bases objetivas para crear un movimiento que abarque a las diferentes clases y capas sociales cuyos intereses y sentimientos progresistas y nacionales son pisoteados por la tiranía.

La política represiva ha tenido, entre otros objetivos, el de imponer salarios de hambre para lograr un aumento en la tasa de plusvalía y acentuar la explotación capitalista. A este mismo propósito obedecen el mantenimiento de un alto porcentaje de cesantes, la supresión del fuero maternal, la disminución de los permisos pre y post natales, la contrata de jóvenes por un 60% del salario, la rebaja de las cotizaciones previsionales de los patrones, el aumento de los requisitos para jubilar y la liquidación de otras conquistas de seguridad social.

La clase obrera ha sido y es la más afectada por el fascismo. Lo que éste persigue va, sin embargo, mucho más allá. Lo que quiere no es, en definitiva, favorecer a los capitalistas en general, sino al imperialismo y a los clanes de tipo financiero en particular. Tras este fin no ha trepido en triturar a una parte de la industria nacional. La rebaja de los aranceles aduaneros da margen a la invasión de toda clase de artículos importados que entran en competencia desleal con los de fabricación chilena. Ello ha conducido al cierre o a la menor actividad de empresas metal-mecánicas, electrónicas y textiles, arruina la industria azucarera, repercute negativamente en la automotriz y, en general, en toda la producción nacional, comprendida la agropecuaria. La concentración del capital por parte de un minúsculo grupo dedicado a inversiones especulativas acentúa los contrastes sociales y también la diferencia de intereses concretos entre ese grupo y el imperialismo, de una parte y, de otra, los de diversos sectores capitalistas no monopólicos. Muchos de los que pertenecen a estos sectores cambian de actividad, se dedican, por ejemplo, a la importación, y así logran sobrevivir, a veces con éxito. Además, el peso de la ideología burguesa los lleva en no pocos casos a mantenerse al lado de la dictadura y a crear todavía en su modelo económico. No obstante, un porcentaje significativo de empresarios de la industria, el transporte, el comercio y la agricultura no tienen cabida en el modelo y ven ya la necesidad de cambiarlo. La ausencia o insignificancia de inversiones productivas, la sub-utilización de la capacidad industrial instalada, la imposibilidad de que productos fundamentales de la agricultura compitan con los de procedencia exterior, la alta tasa de de

empleo, el empobrecimiento de gran parte de la población; los déficits en la balanza de pagos y el creciente endeudamiento del país, a gravan la crisis de estructura, generalizan el descontento y llevan a la mayoría a cuestionar la política económica del régimen.

De otro lado, la reducción de las obras públicas, la ausencia de un impulso industrializador, la privatización o disminución de los servicios del Estado, la regresión en las Universidades, las restricciones impuestas a las expresiones del arte y la cultura, afectan seriamente las expectativas de los profesionales, de los científicos, de la intelectualidad en general y contravienen sus afanes de aportar sus conocimientos al bien colectivo y al progreso del país. Y la violación sistemática de los derechos humanos, la arbitrariedad erigida como norma de gobierno, los crímenes de la DINA-CNI, repugnan a la conciencia democrática de la mayoría nacional.

La política del fascismo, al herir los intereses de todos los trabajadores sin distinción de ninguna especie, los lleva a desplegar y coordinar sus luchas. Está vivo el espíritu unitario de la CUT. Los combates que suelen emprender en conjunto la Coordinadora Nacional Sindical, el Frente Único de Trabajadores, la Confederación de Empleados Particulares, el Grupo de "los 10" y ocasionalmente federaciones de la UNTRACH, revisten, entonces, una gran significación. Representan el triunfo de la unidad sobre la división que ha buscado Pinochet. Abren la posibilidad de que los trabajadores recuperen siquiera algo de lo que han perdido. Y apuntan directamente contra el régimen, contra su llamado "modelo económico" y la represión. De este modo, la clase obrera constituye la espina dorsal del movimiento antifascista y crea condiciones para atraer en torno suyo a la mayoría de los chilenos.

Al enfrentarse al fascismo, las organizaciones populares, los dirigentes y militantes de los distintos partidos y grupos antifascistas y no fascistas, descubren sus coincidencias, visualizan al enemigo común, traban entre ellos nuevas relaciones y terminan por coordinar esfuerzos, por actuar de consuno. Este es un proceso que adquiere cada vez más envergadura. Llevarlo adelante con toda energía: he ahí la gran tarea. Un pueblo en movimiento será un pueblo victorioso.

Dicha tarea no es, por cierto, una cosa fácil. En el seno del pueblo hay contradicciones y se hacen presente diversas tendencias de clases, ideológicas y políticas. Un sector es presa de prejuicios anti-comunistas. Además, el imperialismo se entromete en nuestros asuntos internos, no sólo apuntalando a Pinochet, sino también tratando de asegurar que el desarrollo de la lucha popular no ponga en peligro sus intereses.

En estas circunstancias, ciertos opositores son renuentes a la unidad con todas las fuerzas democráticas, la aceptan o promueven sólo con algunas, pretenden imponerles a otras que renuncien a posiciones

de principios e intentan comprometer a los partidos revolucionarios en un proyecto de tipo burgués. Simultáneamente, en la izquierda no faltan quienes todavía mantienen posiciones sectarias. No están por el entendimiento de toda la oposición. Aceptan la unidad sólo con un sector del Partido Demócrata Cristiano sosteniendo que concertarla con todo él sería conciliar con la burguesía, entenderse con gente que ayudó de algún modo a la caída del Gobierno Popular y renunciar a la hegemonía proletaria.

A pesar de todo ello, la unidad de las fuerzas democráticas es tan sentida por las masas y corresponde de tal modo a sus intereses, que ella avanza y tenemos confianza en que se impondrá. Es claro, no depende sólo de los deseos de la vanguardia y de cuántos comprenden su importancia. Pero la presencia y el esfuerzo de éstos es imprescindible. La unidad de un pueblo no se forja por sí sola. Exige un trabajo constante y tesonero de miles de luchadores guiados por una orientación correcta y clara, que parta del conocimiento del complejo cuadro social, tenga en cuenta la necesidad de poner el acento en las contradicciones principales -en lo que une y no en lo que divide- y contemple a la vez la indispensable batalla ideológica contra las posiciones incorrectas, en especial el anticomunismo, que es sinónimo de división.

Para avanzar por el camino de la unidad antifascista se requiere sobre todo poner en primer plano las reivindicaciones económicas, sociales y políticas más urgentes de las masas, activar las organizaciones obreras y populares y estimular, en todas las instancias y en todo el territorio, la formación de aquéllas que recomienda la propia vida para organizar, impulsar y coordinar la lucha tras objetivos concretos.

Por esto es muy importante la formación del Comité de Defensa de los Derechos Humanos, del Comité de Defensa de los Derechos de la Juventud y demás organismos que agrupan a las fuerzas democráticas, sin exclusión.

La posición unitaria de los comunistas ha sido expuesta muchas veces. En primer término, promueve y respalda la unidad de la clase obrera, que es la fuerza social más importante no sólo por su número, sino ante todo porque es parte insustituible en la producción material, tiene un alto grado de organización, de conciencia y de disciplina, sus objetivos presentes y futuros coinciden con los intereses de la mayoría del país y, por todo ello, su rol es decisivo cuando entra en acción. En función de ello nos preocupamos por elevar constantemente su nivel ideológico y político y nos guiamos por el principio de un solo sindicato en cada empresa, de una sola Federación en cada rama industrial o de servicio y de una central sindical en el país. Esta ha sido la forma tradicional de organización y unidad de los trabajadores chilenos y la práctica ha demostrado que no hay otra que les permita enfrentar en mejores condiciones la lucha por sus reivindicaciones y derechos.

Bregamos por la unidad en el movimiento estudiantil y juvenil en general, entre las mujeres, los pobladores, los campesinos, los profesionales, los escritores y artistas, los pequeños y medianos empresarios, sin perjuicio de que, en cada uno de estos y otros estamentos, exista la correspondiente variedad de organizaciones unitarias.

En el plano de los partidos, nuestra posición es invariable en favor del entendimiento socialista comunista y de todos los partidos de la Unidad Popular. Al mismo tiempo, propiciamos el acuerdo entre todas las fuerzas democráticas.

El Partido Comunista se declara contrario a toda política de exclusión de fuerzas democráticas, venga de donde venga. Reitera que la unidad antifascista no requiere que nadie renuncie a sus principios, sino que se ponga en primer plano los objetivos comunes. Sostiene que frente al fascismo, hay que reparar, antes que en el pasado, en la actitud presente de los partidos y de los hombres. Propugna el entendimiento con todos los partidos democráticos y no con sectores de los mismos. Considera que lo fundamental es la unidad en la base, pero le asigna también la debida importancia al diálogo y al entendimiento entre dirigentes, sin lo cual se hace más difícil avanzar. Estima que la hegemonía de la clase obrera no se resuelve con líricas declaraciones ni ingenuas exigencias de reconocimiento previo a ese rol, sino en el proceso mismo de la lucha, mediante un esfuerzo sostenido por interpretar correctamente la realidad y los intereses concretos de la mayoría de la población.

El dictador despotiza a cada rato en contra de la política y los políticos. ¡Demagogo al por mayor! La política es la preocupación y el quehacer de los hombres o agrupaciones de hombres -sean éstas partidos o no- que actúan en función de los intereses de las clases a que pertenecen o sirven. Como dice nuestro Manifiesto de Mayo de 1979, "los primeros y grandes políticos chilenos fueron O'Higgins y los de más Padres de la Patria" y "Chile se ha caracterizado en América Latina por contar con partidos y con políticos que durante más de siglo y medio dieron forma a la República y a las instituciones democráticas que ha echado abajo el fascismo y que deben ser reconstruidas". Por eso es que no se puede meter a todos los políticos en un mismo saco o medirlos por el mismo rasero. Hay políticos revolucionarios y reaccionarios, progresistas y retrógrados, honrados y deshonestos. Pinochet es uno de ellos, de la peor calaña, de tomo y lomo fascista, que no acepta que nadie le haga sombra, que nadie opine en forma diferente a la suya. Desconoce las normas de convivencia democrática y de tolerancia que conoció el país y que debemos restablecer sin perjuicio de la lucha social y del debate ideológico.

Algunas personalidades democráticas han sostenido la opinión de que los partidos han entrado en crisis y de que es preciso reconocer tal situación y amoldarse a ella, tratando de promover una suerte de movimiento social al margen de los mismos. Tal idea es incorrecta.

Está por conocerse qué situación habrá mañana, qué partidos emergerán más fuertes que otros en el primer momento y cuáles recobrarán y aumentarán sus fuerzas y su influencia. Lo cierto es, sin embargo, que existen, pese a la represión, y no por casualidad ni porfía, sino porque están enraizados en la Historia de Chile desde los primeros tiempos de nuestra vida independiente y son expresiones de las clases y capas sociales que existen en el país.

Los partidos populares tienen una rica tradición de lucha unitaria. Un hito muy importante constituyó el Frente Popular, que hizo posible el gobierno democrático del Presidente Aguirre Cerda, con el cual se inició una etapa de progreso nacional. Aunque con altos y bajos y con diversas nominaciones, la unidad del pueblo ha sido siempre una decisiva arma de combate y un valor muy sentido por las masas.

Hace una década se formó la Unidad Popular. El fascismo ha arremetido durante 6 años contra ella, pero se mantiene en pie. Ha conocido la victoria y la derrota, demostrando una gran vitalidad. Quienes la han declarado obsoleta lo han hecho guiándose por los deseos y no por la realidad. El entendimiento entre los partidos que la integran no tiene nada de artificial. Corresponde a la necesidad de unir, en primer lugar, a las fuerzas más consecuentes y decididas en la lucha por los intereses del pueblo. Es la izquierda chilena que existe como tal desde hace largo tiempo y cuyos componentes conocen, por su propia experiencia, la importancia y la fuerza de su unidad.

Después del golpe, la Unidad Popular ha logrado sustanciales avances cualitativos. Se guía por una correcta orientación antifascista. Ha elaborado una línea general, estratégica, que consiste fundamentalmente en determinar con acierto la meta final, el socialismo, las etapas -comprendido el carácter de la lucha de hoy- y una amplia política de alianzas. Sus partidos y muchos de sus hombres han entregado y entregan valiosos aportes que enriquecen esa línea. Se han realizado y realizan notables trabajos colectivos e individuales que tienen que ver con los cambios estructurales, la futura institucionalidad democrática, la función de las Fuerzas Armadas, el papel de la Iglesia y otros asuntos vitales.

Esto no significa, obviamente, que pasemos por alto sus insuficiencias de ayer y de hoy y hasta los síntomas de dispersión que la amenazan. De ninguna manera. Estamos por encararlos y superarlos mediante la discusión franca y fraternal, sin paralizar la lucha, en medio de la acción.

Entretanto, lo tangible es que la Unidad Popular, la izquierda chilena, cualesquiera sean sus debilidades o los avatares por los cuales ella o sus partidos puedan atravesar, constituye una fuerza vigorosa que cuenta en el presente y contará aún más en el futuro del país.

La Democracia Cristiana es otra realidad, un partido que tiene y ten

drá también una apreciable gravitación en la vida nacional e influencia en las capas medias y en el seno mismo de los trabajadores. Las dificultades que hemos tenido con dicho partido y las diferencias que nos separan de él no nos impiden reconocer que muchos de sus hombres, mujeres y jóvenes se baten valerosamente contra el fascismo.

Surge entonces el problema siguiente: entre la Democracia Cristiana y los partidos de la Unidad Popular, ¿se establecerá de nuevo una disputa por tener a su lado el respaldo ciudadano y conquistar separadamente el poder político? Hay bases para esa disputa, pero también para pasarla a un segundo plano y poner en primer término la necesidad de entenderse alrededor de objetivos comunes.

La disputa conduciría a la desinteligencia y a las pugnas en el campo de las fuerzas democráticas y, si la Democracia Cristiana no es arrastrada a unirse a la Derecha, el país podría retornar a la división tripartita que prevaleció ayer. En ambos casos se beneficiaría la reacción.

Nosotros propiciamos abiertamente el entendimiento entre la Unidad Popular y la Democracia Cristiana, el reencuentro entre todas las fuerzas democráticas, civiles y militares, sin excepción. Lo que ha acontecido es demasiado grave y muy grandes y difíciles las tareas que habrá que enfrentar para que, pudiendo entendernos no lo hiciéramos; para que nos permitiéramos el lujo de dispararnos mañana cada uno por su lado, mientras el enemigo común trataría de agrupar sus fuerzas para conservar o retomar el poder y seguir imponiéndole al país, aunque con otros métodos, una política reaccionaria. Al fin y al cabo el pueblo superaría una tal situación. No obstante, el deber de todos los sectores democráticos es el de facilitar y no torpedear esa unidad.

Ya hemos dicho que hay bases para crear un vasto movimiento social antifascista, para concertar una amplia alianza de fuerzas democráticas en torno a objetivos comunes. Al mismo tiempo que se abren paso las acciones conjuntas se observa, entre esas fuerzas, una aproximación de criterios en cuanto al sistema institucional y a un programa mínimo de orden económico y social para el post-fascismo. Profundizar, avanzar y concretar en estos terrenos sería de una importancia muy grande.

En lo que hasta hoy no se divisa posibilidad de acuerdo es en lo relativo a un gobierno de coalición. La DC lo rechaza. No quiere formar gobierno con la UP y sobre todo con el Partido Comunista. Es esta una posición que aparece irreductible y que obedece a determinados intereses de clase o a la creencia de que Chile no está en condiciones de darse un gobierno que disguste a los EE.UU. o a los altos mandos castrenses. Es una actitud que no tiene en cuenta la capacidad de lucha de los pueblos ni la nueva realidad del mundo de hoy. A este propósito, el caso de Nicaragua es archi-elocuente. Como en Irán,

Estados Unidos se jugó por el déspota. Pero contra éste y su dictadura se alzaron todas las fuerzas democráticas nicaragüenses dirigidas por el Frente Sandinista de Liberación Nacional. Las armas del imperialismo no han podido aplastarlas. En la OEA, Estados Unidos sufrió una derrota política sin precedentes. El apoyo que han recibido el pueblo nicaragüense y su Gobierno Provisional de parte de la mayoría de las naciones y gobiernos latinoamericanos y del Caribe es un índice de la nueva situación.

Sean cuales fueren las causas que determinan las posiciones excluyentes, éstas no aparecen consecuentemente democráticas ni desprovistas de sectarismo. Un gobierno sin la Unidad Popular o sin la Democracia Cristiana no será suficientemente representativo ni todo lo sólido y realizador que se requiere. Al propiciar un entendimiento que incluya la constitución de un gobierno amplio, intérprete real de la mayoría ciudadana, demostramos plena consecuencia democrática y bregamos por lo que, estamos seguros, es lo mejor para el pueblo y el país. En efecto, no se necesita precisamente ser un visionario ni cosa que se parezca para comprender no sólo la magnitud de las tareas de mañana, sino también el volumen y fuerza que adquirirán las reivindicaciones de las masas. Ningún gobierno del que esté ausente el pueblo o una gran parte de él podrá abordar con éxito los problemas y tareas que sobrevendrán. Decir esto no es amenazar con agitaciones artificiales ni disponerse a negarle la sal y el agua a nadie. Es simplemente cumplir con el deber de tirar todas las cartas sobre la mesa para que cada cual, responsablemente, a sabiendas de lo que viene, determine su posición definitiva.

Por nuestra parte, aspiramos al poder político en alianza con todas las fuerzas democráticas. Pero, al mismo tiempo, no estamos por integrar cualquier gobierno. Además, como políticos realistas, consideramos y estamos dispuestos a considerar las diversas situaciones y a facilitar todo paso que corresponda a los intereses del pueblo si en ello coincidieran los partidos de la Unidad Popular. No perdemos de vista que lo principal es hoy el derrumbe del fascismo. Estamos llanos al acuerdo aunque sólo sea para este efecto.

Estar dispuestos a ver con realismo la situación no significa, sin embargo, renunciar a nuestros puntos de vista. Nosotros luchamos y seguiremos luchando, en cualquier circunstancia, por la constitución de un gobierno ampliamente democrático y representativo y estimamos que es el pueblo de Chile el que, en primer y último término, debe dar su palabra. No desalojamos la posibilidad de que tras la caída de Pinochet, sea capaz de darse un gobierno de ese tipo.

Si la correlación de fuerzas no nos fuera mañana favorable, si al momento del derrumbe de la dictadura surgiera un gobierno distinto al que propiciamos, creemos incluso que la Unidad Popular, manteniendo su cohesión y su independencia, podría prestar alguna cooperación si dicho gobierno se comprometiera en un programa mínimo en favor de los

trabajadores, del pueblo y del país. Al mismo tiempo, la Unidad Popular debería seguir luchando por su propio programa y la formación de un gobierno más amplio, con su plena inclusión.

En el presente, nos parece que se podría arribar a un compromiso democrático dejando la cuestión del gobierno para una ulterior consideración.

La amplia política unitaria de los comunistas, más concretamente, el entendimiento entre la Unidad Popular, la Democracia Cristiana y todos los que estén por el progreso nacional, no responde simplemente a una línea táctica, sino a una orientación estratégica. En otros términos, no es una política pasajera ni mucho menos está inspirada en el propósito de establecer una alianza circunstancial para aprovecharnos de ella como algunos suelen afirmar.

Partidarios como somos de que cada cual diga todo lo que piensa y se propone, decimos, claro está, que nuestros objetivos finales son el socialismo y el comunismo. A nadie engañamos ni pretendemos engañar. En forma tajante reiteramos también que éste no es el problema de hoy; pero que no se nos puede negar el derecho a sostener nuestros ideales socialistas y a luchar por ellos.

Al mismo tiempo, estamos convencidos que el desarrollo de las fuerzas productivas y el avance social, político y cultural llevarán al pueblo de Chile a plantearse la construcción de una nueva sociedad. Concebimos los cambios como un proceso ininterrumpido, en el cual pueden y deben participar las más amplias fuerzas democráticas. Insistimos que nada hay más lejos de nuestros propósitos que buscar aliados hoy para desentendernos de los mañana. La realidad misma permitirá que en el futuro adhieran al socialismo sectores que hoy no se pronuncian por él.

Pinochet ha venido sosteniendo que la democracia representativa no sirve porque en los hechos sólo vendría a ser la antesala del socialismo. Ella —escribe Gonzalo Ibáñez, uno de sus adláteres— "permitía algo tan poco razonable como la ascensión del marxismo al poder". Otros afirman que a este "peligro" hay que responder con una democracia humanista o un "socialismo" a la escandinava, es decir, sin socialismo, y no con una dictadura fascista. El fascismo, en su opinión, termina por abrir camino al comunismo.

Tal discusión es absurda.

Como dice el informe de la Comisión Política a nuestro Pleno de Agosto:

"Nosotros, comunistas, así como otras fuerzas políticas, consideramos que la época que vive el mundo, de la que no está marginado ningún país, es la del paso del capitalismo al socialismo. El tránsito

de la humanidad al capitalismo fue también un fenómeno universal. Ninguna nación del mundo escapó a sus efectos, aunque éstos no se hayan traducido en todas partes en un desarrollo propiamente capitalista de las fuerzas productivas. La lucha de los patriotas de 1810, las guerras de la independencia de América Latina formaron parte de ese período histórico. El carácter universal, general, de las mutaciones sociales, dicho más concretamente, del camino del mundo hacia el socialismo, es hoy todavía más marcado en virtud de la creciente interdependencia de todas las naciones y del desarrollo de las comunicaciones. No obstante que también en este caso se trata de un cambio al que los países acceden en tiempos diferentes, es de toda evidencia que el socialismo constituye hoy el norte de la humanidad progresista".

Bien se sabe que el camino del progreso no es precisamente rectilíneo. Está erizado de obstáculos. En los principales países capitalistas la lucha de las fuerzas partidarias del cambio social es difícil y en algunos de ellos las perspectivas a corto o mediano plazo no son claras. En casi todos esos países, vastos sectores populares siguen todavía adictos al "establishment" o se mueven sólo en los márgenes del reformismo. En escala mundial, el imperialismo conserva una capacidad no despreciable para contener la lucha de los pueblos, para golpear y contragolpear. Se juega entero en apoyo de Israel, en contra de la soberanía e independencia de los pueblos árabes. Apuntala a los regímenes racistas de Rhodesia y África del Sur. Se opone a la liberación de Zimbabue y Namibia. Respalda las tiranías de Centro y Sud América. Trata de echar abajo los gobiernos revolucionarios que en la última década han surgido en África y en Asia. En este tren alienta toda clase de rivalidades, incluso étnicas y religiosas, que obstaculizan la unidad de los pueblos y de los países que luchan por el progreso social y su plena independencia.

Pero nada de esto cambia la dirección que llevan los acontecimientos. El imperialismo no está en condiciones de sostener el edificio de la opresión. Es derrotado donde los pueblos se alzan con firmeza y arrojo a la lucha por la libertad. Uno tras otro caen los regímenes más reaccionarios asociados a él. Pierde espacio e influencia en el ámbito mundial. La iniciativa se escapa de sus manos. Su capacidad de acción es cada vez menor.

Los problemas energéticos y monetarios, la inflación y el desempleo son signos de la agudización de la crisis general que afecta todo el sistema capitalista y que en algunos países se traduce en una profunda crisis económica, política y moral. La revolución científico-técnica, que acelera extraordinariamente el desarrollo de las fuerzas productivas creadas por la inteligencia y el trabajo del hombre, agudiza las contradicciones que lo corroen. Los trastornos ecológicos, provocados por el crecimiento de la industria y la explotación irracional de la naturaleza, escapan a su control y solución.

El socialismo, en cambio, muestra a los pueblos de todo el mundo el camino del progreso, de la justicia social y de la verdadera libertad, solidariza activamente con todos los movimientos antimperialistas y presta una ayuda decisiva a los países que han logrado su independencia estatal y enfrentan magnas tareas económico-sociales.

La marcha del socialismo no está exenta de dificultades y problemas. Principalmente, derivan ellos del estado de relativo atraso material con que partió su edificación, de las destrucciones y consecuencias de la segunda guerra mundial, de las tendencias de estrecho nacionalismo que se hacen presente en algunos países que forman parte de este nuevo sistema y de la influencia que en alguna medida ejercen ciertas exterioridades del llamado mundo occidental sobre una parte de la población. Pero nada de esto modifica lo que es fundamental. El socialismo ha liberado al hombre de la explotación capitalista y le ha dado a toda la colectividad, además de un alto grado de bienestar y cultura, la seguridad en el presente y en el porvenir.

El socialismo es hoy una realidad en una serie de países de Europa y Asia. Se construye en América, en la Cuba revolucionaria, en tanto que varias naciones de Africa se orientan a edificarlo. Tanto o más relevante es el hecho de que este nuevo sistema social -y no el capitalista- ejerce una influencia determinante en toda la marcha de los acontecimientos mundiales. Gracias a él, y en primer término a su principal realización y fortaleza -la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas- Europa ha vivido un largo período de paz y se han creado condiciones favorables para evitar a la Humanidad el peligro de un hecatombe atómica.

El triunfo de la revolución rusa y, más tarde, la victoria sobre el fascismo en la segunda guerra mundial, no sólo hicieron posible que otros pueblos tomaran el camino al socialismo, sino además, marcaron el comienzo del fin del mundo colonial. Es harto elocuente el hecho de que, al constituirse las Naciones Unidas, en 1945, entraron a formar parte de ella sólo 51 estados y hoy la integran sobre 150, más de la mitad de los cuales conquistaron su independencia en los últimos 30 años.

No menos significativo es el triunfo del socialismo en Cuba. Para el imperialismo norteamericano, América Latina era su patio trasero, su retaguardia segura. Más aún, en la cabeza de no pocos revolucionarios no cabía la posibilidad de una revolución socialista en nuestro continente y mucho menos en las barbas del Tío Sam.

Mucho le debe la revolución cubana a la inteligencia y sagacidad de Fidel Castro. Pero, como él mismo dijera en su discurso del XX Aniversario de la Revolución que ha encabezado, "no son los líderes los que forjan los pueblos, son los pueblos los que forjan a los líderes". Y el pueblo cubano triunfó no sólo porque forjó los líderes que necesitaba -Fidel Castro, el primero entre ellos- sino porque su revolu-

ción correspondía a una exigencia histórica y tuvo lugar en una época histórica que la hacía posible, entre otras razones porque existían la Unión Soviética y el mundo socialista.

En América Latina el socialismo es el ideal de millones de personas. Es el objetivo hacia el cual se encaminarán todos los pueblos del continente, unos primeros y otros después, en el momento de culminar, en cada país, la etapa de la revolución antimperialista y antioligárquica que está a la orden del día en todos ellos. En los marcos del capitalismo no tienen verdadera solución los problemas que los aquejan.

Si Chile, bajo el Gobierno de Salvador Allende se orientaba hacia el socialismo, es porque todas las fórmulas ensayadas en las últimas décadas no satisfacían las necesidades del pueblo ni sus legítimas aspiraciones a vivir libre de la pobreza y del atraso.

Los cambios que se llevaron a cabo durante el Gobierno de la Unidad Popular permitieron vislumbrar la posibilidad de una vida nueva, crear una sociedad más justa y más libre. No tenemos la menor duda que la clase obrera y el pueblo de Chile volverán a marchar por esta senda, aunque ciertamente con las variaciones que impone la experiencia y la nueva situación creada por la dictadura fascista.

El socialismo, en consecuencia, es la sociedad de mañana. Y a ella llegará nuestro pueblo, como todos los pueblos que aún viven bajo el capitalismo, cualquiera sea el régimen transitoriamente dominante. Ni la democracia burguesa ni el fascismo pueden cerrarle las puertas de su futuro socialista.

#### 4. ALGUNAS PALABRAS SOBRE EL PARTIDO COMUNISTA

Según lo comprueba una vez más el caso chileno, el fascismo arremete contra todo pensamiento democrático y humanista, y hace del anticomunismo su predilecto caballo de batalla. Para Pinochet todo es maniobra de la Unión Soviética, del marxismo-leninismo, del comunismo internacional. Todos sus adversarios, todos los que critican su régimen son comunistas o personas que actúan por cuenta de los comunistas.

La liquidación del Partido Comunista ha sido el principal objetivo del dictador. Este sueño lo tuvieron en vano otros antes que él. Por lo visto, a diferencia de otros animales irracionales, los fascistas vuelven a tropezar en la misma piedra.

Al 11 de septiembre de 1973, nuestro Partido y nuestras Juventudes Comunistas sumaban en total 280 mil militantes. Sería una fanfarronería afirmar que la represión no nos ha hecho daño. Aunque esas 280 mil personas -hombres, mujeres y jóvenes- se mantienen leales a la

causa que abrazaron, el número de los que hoy militan en el Partido y en la Juventud ha bajado en forma considerable. Esto es natural. Los asesinatos, las detenciones, los despidos de los sitios de trabajo, las emigraciones de uno a otro punto del país, el exilio y -por qué no decirlo- el terror, produjeron una disminución en el número de células y de militantes. A pesar de ello, la organización se ha mantenido de arriba a abajo, a lo largo y lo ancho de todo el territorio nacional y la cifra de los comunistas que militan regular y activamente es de una magnitud -no revelable por ahora- que hace de nuestro Partido el más numeroso de todos.

La cantidad tiene su importancia, mas no sólo se trata de esto. Dicho sin vanidad y sin sentido peyorativo para nadie, el Partido es la fuerza política más organizada, unida y activa de cuantas existen en el país. Su sistema celular, su experiencia en el trabajo clandestino -acrecentada en estos últimos años- y su moral de combate que se afina en sus convicciones ideológicas, le permiten no sólo subsistir sino, incluso, recuperarse de los golpes recibidos y continuar siendo un factor decisivo en la promoción y desarrollo de las luchas populares.

El Partido es indestructible. Sus vínculos con la clase obrera y otros sectores del pueblo son profundos e indisolubles.

Los primeros comunistas nacieron de las entrañas mismas del proletariado, cuando en los centros mineros del carbón y del salitre los obreros eran tratados como bestias y los que se rebelaban iban a parar al chucho de las compañías, donde se les mantenía por días con los pies amarrados a una barra de fierro. Entonces, el fundador de nuestro Partido, Luis Emilio Recabarren y el puñado de hombres que lo acompañaban, se consagraron por entero a organizar a la clase obrera, a despertar la confianza en sus propias fuerzas, a orientar y conducir sus luchas reivindicativas y a defender la soberanía nacional frente a las empresas imperialistas que acuñaban sus propias monedas, mantenían su propia policía y habían hecho de las oficinas salitre -ras, estados dentro del Estado.

La jornada de 8 horas, la indemnización por años de servicio, las vacaciones pagadas y demás derechos de los trabajadores -parte de los cuales ha conculcado Pinochet- fueron alcanzados después de un largo batallar, principalmente impulsado por los comunistas.

Esclarecidos obreros comunistas como Elías Lafertte, Galo González, José Bascuñán Zurita, Juan Chacón Corona, Oscar Astudillo y Santos Leoncio Medel, dedicaron su vida a los intereses de su clase. Durante muchos años anduvieron a salto de mata, de aquí para allá, entrando furtivamente a los feudos imperialistas y a los latifundios para organizar la lucha de los obreros y campesinos. A Luis Emilio Recabarren y a nuestro Partido se debe en primer término la organización sindical y la conciencia de clase del proletariado.

Recabarren asentó al Partido en los principales centros obreros de su época. Vino la dictadura de Ibáñez. A la caída de éste, el Partido siguió teniendo en ellos sus bastiones. Se implantó la de González Videla. Del carbón y otros sitios mineros fueron expulsados miles de comunistas y simpatizantes. En su reemplazo se llevó a las minas de Lota y Coronel a campesinos del sur, a hombres políticamente atrasados. Pero volvimos a ser allí la fuerza política abrumadoramente mayoritaria.

Otro tanto sucederá tras la caída del fascismo. Tremenda y dolorosa es la tragedia de estos años. De los errores que contribuyeron a la derrota del Gobierno Popular no estamos exentos. Pero fue precisamente la política de nuestro Partido la más correcta, la más coherente o, mejor dicho, la que tuvo y presentó menos fallas. Predomina en el pueblo la idea de que constituimos un Partido serio y responsable, además de batallador y leal. Nuestros dirigentes y militantes se han caracterizado por su firmeza frente al fascismo, tanto en la cárcel y campos de concentración como al pie del patíbulo. Y en la lucha clandestina o semipública han demostrado audacia, coraje y pasión. Todo esto juega y jugará a nuestro favor.

En la historia de Chile, ningún otro Partido ha sido y es objeto de un ataque físico, ideológico y político tan implacable. Todas las armas se han disparado contra los comunistas. Se nos ha pretendido y pretende presentar como una fuerza antipatriótica, antidemocrática, foránea, dependiente, con una ideología exótica. Pero los porfiados hechos se encargan de establecer la verdad.

En nuestra época, el patriotismo se prueba o se desmiente ante todo según sea la actitud que se asuma frente al imperialismo. En la historia escrita o por escribir se puede o podrá encontrar hombres que se dejaron sobornar por las empresas imperialistas para facilitar su penetración a su política, pero entre ellos no figura ni podrá figurar jamás un comunista.

El patriotismo está también en el combate por los derechos y el bien estar del pueblo, por el progreso del país en todos los órdenes, por la defensa de los valores nacionales, por el esfuerzo dirigido a desarrollar el arte y la cultura propios y universales. Y en estos terrenos también marchamos adelante. Pablo Neruda, Violeta Parra, Víctor Jara y tantos otros escritores y artistas, desaparecidos o vivos, militantes o simpatizantes de nuestro Partido -además de ser altas expresiones culturales de prestigio en todo el mundo- constituyen y constituirán ejemplos imperecederos de amor a su pueblo y a su suelo patrio.

El patriotismo verdadero y consecuente exige el apoyo recíproco entre todos los pueblos que luchan por los mismos objetivos y contra los mismos enemigos. Bernardo O'Higgins fue, al mismo tiempo que el Padre de la Patria, un luchador por la independencia de todos los paí



ses latinoamericanos. Nos guiamos por su ejemplo. Benjamín Vicuña Mackena fue un adalid de la independencia de Cuba y varios chilenos, jóvenes militares, como el Comandante Sotomayor, el Capitán Marcoleta y el Teniente Gabler, lucharon en las filas cubanas contra el coloniaje hispano. Somos fieles a tan gloriosas tradiciones.

Nos orientamos por la sabia y sencilla palabra de Recabarren: "Yo no quiero que nadie odie a mi Patria y por eso amo a las Patrias de todos".

El pueblo de Chile ha podido apreciar en estos años el valor y la fuerza de la solidaridad internacional. No ha estado solo en su difícil lucha. La Humanidad progresista lo ha acompañado. Su causa se ha transformado en una preocupación permanente de las Naciones Unidas. Durante los peores días, cuando no tenía fuerzas suficientes para detener los crímenes fascistas, fue la solidaridad internacional la que salvó muchas vidas. Esta solidaridad se recibe y se da. Es su deber practicarla al máximo de lo que es capaz.

Los comunistas somos producto de una corriente universal que nació a mitad del siglo pasado y alcanzó su primera y gran victoria con la Gran Revolución Socialista de Octubre. Aunque antes de ésta, las ideas socialistas y comunistas germinaban en Chile, donde ya había cierto desarrollo capitalista y por tanto había surgido la clase obrera, la verdad es que la primera revolución socialista triunfante tuvo en nuestro país y en la formación de nuestro Partido, una marcada influencia. Otro tanto ocurrió en Argentina, Uruguay, México, Brasil, Francia, España, Inglaterra y muchos otros países.

Un fenómeno semejante se produjo, en su tiempo, con la victoria de la Revolución Francesa. Sus ideas se expandieron por todo el mundo. O'Higgins y otros libertadores las hicieron suyas total o parcialmente y por eso no fueron menos sino más patriotas. Los que estaban con Fernando Séptimo, con la monarquía española, con el estado colonial de Chile, los calificaron de "afrancesados". Del mismo modo, hoy los que están al servicio del imperialismo -no obstante las dificultades que están al servicio del imperialismo -no obstante las dificultades más superficiales que de fondo, más aparentes que reales que suelen tener con él- acusan a los comunistas y a todos los opositores de antipatriotas y de servir intereses foráneos.

¡El diablo vendiendo cruces! Por muchas gárgaras de patriotismo que haga el tirano, su condición de sirviente de la Anaconda y otras multinacionales no se la despinta nadie. Sus concepciones geopolíticas, su política económica, su ideología fascista lo retratan, además, como vehículo de importación de lo más podrido y reaccionario que se pueda encontrar fuera del país.

Para ser patriotas, los comunistas no necesitamos atacar a nadie que no sea el imperialismo, el neocolonialismo, el expansionismo y demás enemigos de la libertad de los pueblos.

Para demostrar nuestra independencia y autonomía, no necesitamos criticar a la Unión Soviética como algunos nos sugieren. Si en ella todo no es perfecto -y no podría serlo desde luego- son los propios soviéticos los llamados a corregir insuficiencias y errores, como lo han hecho y lo hacen constantemente.

La gigantesca obra de transformación que se ha llevado a cabo en la Unión Soviética y demás países socialistas, ha sido y es un poderoso factor que estimula la lucha de los proletarios y de los pueblos del mundo entero en contra del imperialismo y de toda otra forma de opresión social o nacional. La divulgación de las magnas conquistas del socialismo ha ayudado siempre al desarrollo de esa lucha. Las debilidades en este terreno y, con mayor razón, toda crítica que tiende a menoscabar el prestigio del socialismo, confunden a los trabajadores y son fuente de dispersión ideológica que atenta contra la unidad en las filas revolucionarias.

Para los revolucionarios y los pueblos del mundo entero importa ante todo el hecho de que el gran país multinacional del socialismo -hace seis décadas una nación atrasada- es hoy una gran potencia antimperialista, que juega un papel decisivo en la lucha por la paz y el progreso; por la independencia y el desarrollo floreciente de las naciones, del éxito de su política de distensión y de la acción común entre las tres grandes corrientes revolucionarias de la época -los países socialistas, la clase obrera internacional y el movimiento de liberación nacional- dependen la suerte de la Humanidad y en definitiva el destino de cada pueblo. Por eso es que el imperialismo se empeña en crear o fomentar grietas en el campo de los revolucionarios. A ello responde el antisovietismo.

Los comunistas chilenos hemos demostrado y demostraremos con hechos que elaboramos autónomamente nuestra propia línea política.

Los embrollos de la propaganda enemiga suelen confundir a algunos. Cuando hace años nuestro Partido denunció la política divisionista de los dirigentes chinos, hubo personas y hasta partidos que pensaron que lo hacíamos por cuenta ajena, alineándonos en lo que consideraban un mero conflicto entre Pekín y Moscú. La actitud china de apoyo a Pinochet y en contra de Cuba, de Angola y otros países liberados y la agresión armada contra el heroico Vietnam, los han sacado de su error.

La revolución china fue acogida por los pueblos de todo el planeta como una victoria antimperialista. El hecho de que el país más poblado de la tierra se incorporase al campo del socialismo era de por sí un gran acontecimiento mundial. Por esto, constituye una tragedia para la Humanidad que los dirigentes chinos traicionen hoy la causa antimperialista de los pueblos y se coloquen en el campo internacional en contra del socialismo y del lado del imperialismo y de los regímenes más abyectos.

Todos los Partidos Comunistas somos autónomos e independientes. No podríamos tener éxito si actuáramos de otra manera. La vida nos exige conducirnos como tales; no en el sentido que desea el enemigo, sino en cuanto a lograr la suficiente madurez para dominar las complejidades del presente y pasar de las formulaciones generales al análisis objetivo y a las soluciones concretas a fin de abrir camino a la victoria de cada uno de nuestros pueblos. Nos exige, asimismo, fundirnos con las masas, actuar con el ímpetu revolucionario y el sentido práctico de que hablaba Lenin, labrar nuestros propios perfiles, erigirnos en grandes partidos populares y nacionales. Esto no desaloja sino presupone estrechar filas en torno a nuestra ideología marxista-leninista y a la práctica del internacionalismo proletario y de la solidaridad entre todos los pueblos que luchan contra el imperialismo.

Se suele afirmar que el marxismo es una ideología obsoleta -en el mejor de los casos válida en el siglo pasado- y el leninismo un fenómeno típicamente ruso. Según sus detractores, el mundo ha cambiado tanto que el marxismo-leninismo ha envejecido. ¡Curioso envejecimiento! El mundo ha cambiado, efectivamente, y con ello nuestra ideología se hace más fuerte y más lozana. Las más profundas y exitosas revoluciones se han llevado y llevan a cabo bajo su bandera. Estas flamean victoriosas en Europa, en Asia, en América, en África. Muchos pueblos que emergen de la esclavitud colonial, de la servidumbre o de la sociedad tribal, iluminan su camino con la doctrina de Marx, Engels y Lenin.

La vitalidad y validez de esta doctrina son tales que ya no sólo los partidos comunistas la hacen suya. En no pocos países, comprendido el nuestro, hay otros partidos y movimientos que adhieren al marxismo-leninismo y buscan orientarse por éste. Es cierto que no basta proclamarse marxista-leninista. Nadie lo es por el mero hecho de declararse en tal sentido. Ningún Partido Comunista nació respondiendo plenamente a su doctrina. Esta exige un aprendizaje constante. Pero no por esto deja de ser significativo que cada vez haya más personas, partidos y movimientos que adhieren a la ideología del socialismo científico.

Bien se sabe que ésta no es una doctrina inmutable. No podría serlo sin negarse a sí misma. Algunas de las formulaciones de ayer no tienen hoy aplicación o la misma validez en todas partes. Por ejemplo, la cuestión de la alianza obrero-campesina no puede plantearse en la misma forma, digamos, en México que en Estados Unidos, en España que en Francia. En los países de más alto desarrollo capitalista, el campesinado representa hoy un exiguo porcentaje de las fuerzas del trabajo productivo. De esta y otras categorías que se manejan en algunos países ni siquiera cabe hablar donde recién se sale de las tribus. Tales realidades no puede dejarse de tener en cuenta. Pero lo que es de la esencia del marxismo-leninismo no es precisamente la fórmula sino el contenido, en este caso la necesidad de que la clase obrera entre en alianzas con aquellas capas de la sociedad suscepti-

bles de ser incorporadas a la lucha por la justicia y el progreso sociales. En algunos países la principal de esas capas sigue siendo el campesinado. En otros son diferentes sectores, entre ellos las masas que viven en la extrema pobreza en la periferia de las grandes ciudades, los pequeños y medianos empresarios, los trabajadores por cuenta propia, los hombres de la cultura, el arte y la ciencia. Todos estos grupos sociales y, ciertamente, la vasta y creciente falange de los profesionales y técnicos que cada vez más entran a formar parte de la clase obrera, constituyen para nosotros fuerzas integrantes del pueblo, llamados a tener su propio rol protagónico. El papel hegemónico del proletariado no implica una subestimación de estos sectores y está orientado a darle al movimiento una solidez y consecuencia que va en interés de todos, en pro del éxito por sus aspiraciones comunes.

La necesidad de una alianza amplia que comprenda a todas las fuerzas antimperialistas se hace también evidente a la luz de otro fenómeno. En la década del 60 surgieron, en varios países, grupos ultraizquierdistas, algunos de ellos terroristas, que han tenido diversas evoluciones. En estos últimos años, el imperialismo hace cada vez más uso del terrorismo. Además de recurrir al fascismo como terrorismo de estado, monta bandas armadas abiertamente de derecha y otras con ropaje de izquierda. Italia no es el único caso. Pero lo que al respecto sucede en este país es un asunto que merece la atención nuestra. En Chile han comenzado a organizarse "comandos" terroristas. Existe el peligro de que nuestro país sea convertido en un campo de acción para el terrorismo, no sólo con la intención de cometer desmanes ahora, sino también de imposibilitar mañana el desarrollo democrático. Tal peligro sólo puede ser conjurado mediante la unidad y la lucha de todas las fuerzas nacionales.

La propaganda reaccionaria se ha empeñado siempre en identificar al comunismo con la anti-democracia. Aquí también los hechos hablan por sí solos. Desde que nacimos a la vida política, los comunistas nos hemos entregado por entero a luchar por los derechos y libertades de la clase obrera y del pueblo. Las leyes y las acciones antidemocráticas que hemos conocido hasta hoy día han sido obra de la reacción, de los anti-comunistas, nunca de nosotros. Los progresos que en el terreno de la democracia se lograron en Chile hasta septiembre de 1973 contaron siempre con nuestro concurso y en muchos casos llevamos el pandero de los mismos. Nuestra actuación fue, por ejemplo, decisiva en la formación del Bloque de Saneamiento Democrático que en 1958 derogó la Ley Maldita y modificó la ley electoral en términos de hacerla más avanzada. Y cada vez que la democracia estuvo en peligro, salimos a defenderla. Así sucedió en 1939 frente al intento de golpe que encabezó Ariosto Herrera y así aconteció también en 1969 frente al complot encabezado por Roberto Viaux, no obstante que en este segundo caso estábamos en la oposición al gobierno de ese entonces.

Ahora, frente al fascismo, la alternativa que proponemos es no sólo

democrática, sino la más democrática de cuantas pueden ofrecerse. Se gún lo hemos explicado, no se trata ya del socialismo, pero tampoco de un simple régimen democrático, que se conforme con proclamar los derechos del hombre para un hombre abstracto y la igualdad política de los ciudadanos en un sistema de profundas desigualdades sociales que niegan o limitan en la práctica las libertades del pueblo.

Hay que reconocer que el paso al socialismo no es comprendido por to dos como un salto adelante en la lucha por la democracia. A veces no sotros mismos enredamos el asunto al decir que luchamos por la demo-cracia y el socialismo, como si fueran dos cosas contrapuestas, en circunstancias que el socialismo es una democracia más avanzada que la más avanzada de todas las que puedan concebirse en los marcos del capitalismo.

La confusión existe en personas que no tenemos derecho a suponer que no sean honestas. Es, por ejemplo, el caso de Genaro Arriagada y Claudio Orrego que, en su libro "Democracia y Leninismo", las embisten contra el principio de la dictadura del proletariado para luego afirmar, diez páginas más adelante de esa requisitoria, cosas con las cuales estamos plenamente de acuerdo; que "la coerción ejercida por el Estado"... "constituye uno de sus elementos más característicos", que "en la naturaleza del Estado y de la política se encuentra la violencia como uno de sus medios más esenciales" y que lo procedente es "legitimar esa violencia"... "reglamentarla, fiscalizarla, ajustarla a normas impersonales conocidas por todos"... "reducirla a los menores límites posibles y garantizar que de ese marco reducido su ejercicio esté desprovisto de arbitrariedad".

No tenemos ni tendremos otra concepción del problema.

Así pues, si bien se miran las cosas, ni en la práctica ni en la teoría cabe que se nos identifique con la antidemocracia

Por lo que hemos luchado siempre, luchamos hoy y lucharemos mañana, es por la libertad del pueblo y del hombre.

En este combate nadie ha sido ni podrá ser más consecuente que noso-tros.

Por esto mismo, la lucha por el progreso ininterrumpido de la socie-dad, por conquistar y desarrollar la democracia, está indisolublenmente ligada a la existencia de un Partido Comunista fuerte y capaz cuyo propósito invariable es el de marchar siempre unido a los demás partidos de la Unidad Popular y a todas las fuerzas democráticas para que el pueblo chileno transite victoriosamente por el camino de la libertad y el progreso.

El imperialismo ha deseado y desea, ya que la dictadura no ha podido destruirnos, conseguir, por lo menos, aislarnos. Bajo la influencia

reaccionaria, hay demócratas que han querido no tomarnos en cuenta. Pero muchos de ellos ya han llegado a la conclusión de que no se puede prescindir de nosotros al menos para poner fin a la tiranía y de-terminar algunas líneas del futuro. Esta conclusión es correcta, pe-ro incompleta. La verdad entera es que ni hoy ni mañana se podrá prescindir de nosotros ni de los demás partidos de la Unidad Popular si se trata de poner en práctica un proyecto verdaderamente demo-crático. Por nuestra parte, no pretendemos excluir a ningún sector del pueblo, sino entendernos con todas las fuerzas progresistas para la gran empresa de echar abajo el fascismo y de emprender en seguida la reconstrucción de Chile. Nuestra posición no puede ser más consecuentemente democrática.

Pinochet hace y seguirá haciendo todo lo posible por aferrarse al poder. Su aparato publicitario es utilizado con tal fin. En las pantallas de la televisión aparecen a menudo los incidentes callejeros y las colas que para adquirir alimentos hubo en tiempos de la Unidad Popular. La imagen que el tirano pretende crear es que después de él éstán el desorden y el caos. No se puede negar que esta contrapropaganda tiene algún eco. De ahí que el periodista italiano Guido Vicario hable del "pasado presente", refiriéndose a las aprensiones de ciertos grupos de las capas medias. Es necesario poner los puntos sobre las ies. El norteamericano Edward Boorstein, en su libro "El Chile de Allende", basándose en las investigaciones del Senado de EE.UU. so-bre el papel de la CIA en el golpe militar, recuerda que el gobierno de Nixon dio instrucciones para que "se hiciera reventar la economía chilena". La orden de William Broe, jefe de la división Hemisferio Occidental de la CIA, dada el 28 de septiembre de 1970, fue la de "provocar el colapso económico". Por esos mismos días, la ITT se pronunciaba por organizar "un deterioro acelerado de la economía" para desencadenar en seguida "una ola de violencias de la cual resulte un golpe militar". El "New York Times" del 20 de septiembre de 1974 reveló que "la mayor parte de los 8 millones de dólares autorizados para actividades clandestinas de la CIA en Chile fue utilizado para constituir fondos u otros medios de apoyo a los huelguistas y traba-jadores contrarios a Allende", concretamente para financiar los dos paros de los transportistas. Así pues, el desorden fue fundamentalmente obra del imperialismo y de la reacción para reemplazarlo luego por la paz de los cementerios. Los muertos de Lonquén no hablan. Los desaparecidos no pueden hablar. Pero al pueblo no se le acalla para siempre y ya las voces que salen de su garganta forman un coro multi tudinario que reclama libertad. La dictadura concita la resistencia ante cada paso que da. Su proyecto de constitucionalización del fasc-ismo, su nueva ley maldita denominada antiterrorista, su llamado Plan Laboral, las medidas de fuerza que toma en las Universidades, su intento de silenciar la revista Hoy, la nueva devaluación del peso, son algunos de sus tantos pasos que rechaza la mayoría nacional y merecen crítica hasta de sus propios partidarios. Día tras día, nuevos sectores ciudadanos toman conciencia de que la tiranía lo desorganiza todo. La contrarrevolución fascista ha logrado modificar sustan-

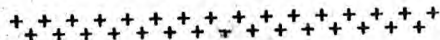
cialmente los rumbos del país, haciendo abandono de los que éste venía siguiendo y que estaban orientados al desarrollo independiente de su economía y al avance por la senda del progreso social y de su florecimiento cultural. Nada se escapa a su afán de destrucción. Todo lo enajena o lo vende. Las industrias y los bancos que eran de propiedad estatal, los servicios sociales, las tierras de los campesinos e indígenas, han ido o van a parar a manos de los que detentan el poder económico. Al baile de la privatización entran todos los bienes nacionales, hasta el Parque del Salitre o la hacienda Las Canteras que perteneció a O'Higgins o la llamada península de Pucón. Por este camino, cualquier día se pondrán a remate los lagos y ríos del sur o los cerros San Cristóbal y Santa Lucía de la capital.

La tiranía ha convertido al país en el paraíso de los grandes ricos y en el infierno de los pobres. La llamada libertad económica sólo existe para los clanés y no conduce, como pregonaba El Mercurio, a la libertad política sino a la esclavitud. El whisky se importa sin tasa ni medida, mientras para los libros no hay libertad de internación.

El régimen se vanagloria de sus éxitos sin darse cuenta de que precisamente ellos contribuirán a su derrota. Se ufana de haber hecho del país "un oasis" de paz en circunstancias que lo ha convertido en un volcán encendido. El fascismo no podrá apagar la llama de la libertad que arde en el corazón del pueblo. No puede ni podrá eliminar la lucha de clases de la cual él mismo es expresión. En último término genera la tempestad que está llamada a crear un nuevo orden social.

En el curso del presente año, la lucha de nuestro pueblo ha adquirido una intensidad y una envergadura que alcanza eco en el mundo entero y ha contribuido a mantener siempre en alto la solidaridad internacional. Esa lucha, sostenida principalmente por la clase obrera, recibe el aporte de los jóvenes, en particular de los estudiantes, cuenta con la participación activa de miles de mujeres y va comprometiendo de más en más a otros sectores de la población. Se va perdiendo el temor, crece la confianza en las propias fuerzas. El movimiento antifascista da muestras de iniciativa, de riqueza y variedad de formas y toma una amplitud cada vez mayor. La dictadura aún tiene capacidad de golpear. Pero son las fuerzas del pueblo las que se desarrollan y las que están llamadas a triunfar. Al pueblo le pertenece el porvenir.

5 de julio de 1979



# 75 AÑOS DE PABLO NERUDA

## LA MUERTE DE NERUDA

Por Minaya Díaz

Esa mañana, cuando llegué a "La Chascona", la casa junto al Cerro San Cristóbal, me pareció oír la voz de Pablo: "Generales traidores mirad mi casa muerta..." Pisando vidrios, metiéndome en el lodazal, me detuve ante un montón humeante: un colchón roto, destrozado un arco de medio punto, gran abanico de madera con antiguas tarjetas postales, espejitos, vidrios de colores -uno de esos objetos bellos, producto de la fantasía de Pablo-, libros, pedazos de cerámica, vidrio, porcelana.

Subí la escalera que lleva al living. Matilde, de palidez severa, los inmensos ojos desolados, junto al ataúd. La abracé en silencio. (No la veía desde los felices días cuando Pablo recibió el Premio Nobel en Estocolmo. Cómo olvidar su bajada del avión junto a él. Periodistas ávidos lo rodearon y empezaron a ametrallarlos con preguntas. Él, sobrio, canchero, sereno. "¿Cuál es su objeto predilecto? -Los zapatos viejos. ¿Qué va a hacer con la plata del premio? -Eso, pregúntenlo a mi mujer. ¿Cuál es su palabra favorita? -La palabra amor. Vieja, muy usada, desgastada. No nos cansamos sin embargo de repetirla". Luego, en una cena íntima en casa del embajador Luis Enrique Délano y Lola Falcon, Miguel Otero Silva y su esposa, los Neruda y yo. Después de comer nos fuimos a la biblioteca. Pablo se sentó y tomó como al azar un libro. Era la edición de poemas de Gabriela Mistral que sacó "Quimantú". Se puso a leerlos y a comentar con encomio los méritos de la maestra. Luego Miguel Otero Silva siguió leyendo a Gabriela con su rica voz con su ritmo y melodía cálidos de Venezuela... Tanto que recordar de esos días.)

Miré a Pablo a través del cristal de la urna. Quieto. Cerrados los ojos de pesados párpados. La boca como dispuesta a la sonrisa. Se veía la camisa sport a cuadros, la chaqueta de tweed. El rostro inmóvil parecía expresar irónica tranquilidad.

A los pies del ataúd, la corona con cintas celestes y amarillas enviada por el Rey de Suecia. (Los mismos colores que decoraban el salón donde recibió el premio, cuando el rey permaneció mucho más tiempo conversando con él que ante los otros premios-nobel. De ese vasto salón salió su voz al mundo: "...Perdón por haber extendido mi reconocimiento hacia todo lo mío, hacia los olvidados de la tierra que en esta acción feliz de mi vida me parecen más verdaderos que mi expresión, más altos que mis cordilleras, más anchos que el océano. Yo per